

**¡POR LOS TRES MIL DIABLOS, DÉJENME LATIR!**

**YESICA PAOLA GUANCHA VENEGAS**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2016**

**¡POR LOS TRES MIL DIABLOS, DÉJENME LATIR!**

**YESICA PAOLA GUANCHA VENEGAS**

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título de  
Licenciada en Filosofía y Letras

Asesor:

**Mg. GONZALO JIMÉNEZ MAHECHA**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2016**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de los autores.”

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

**NOTA DE ACEPTACIÓN**

---

---

---

---

---

---

---

Firma del jurado

---

Firma del jurado

San Juan de Pasto, junio de 2016



ACUERDO No. 109  
(30 DE JUNIO DE 2016)

Por el cual se otorga la distinción de LAUREADO a un Trabajo de Grado.

EL CONSEJO DE FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS DE LA UNIVERSIDAD DE NARIÑO,

En uso de sus atribuciones legales y estatutarias y,

CONSIDERANDO:

Que mediante Acuerdo No. 332 del 1ro. de noviembre de 2005, el Consejo Académico Universitario, reglamentó y unificó los criterios y puntajes de la evaluación de los trabajos de grado de los diferentes programas de la Universidad de Nariño.

Que según el Acuerdo mencionado, es de competencia del Consejo de Facultad otorgar la distinción de LAUREADO o MERITORIO a los trabajos de grado, según corresponda.

Que mediante proposición No. 032 de Junio 27 del año en curso, el Comité Curricular y de Investigación del Departamento de Humanidades y Filosofía, solicita se otorgue la distinción de LAUREADO al Trabajo de Grado titulado: "POR LOS TRES MIL DIABLOS DÉJENME LATIR", presentado por el estudiante JESICA PAOLA GUANCHA VENEGAS, identificada con Cédula de ciudadanía No. 1.085.266.327 expedida en Pasto, quien obtuvo 100 puntos, que corresponden a la calificación de LAUREADA, según acta de sustentación.

CALIFICACIÓN DEL TRABAJO ESCRITO SOBRE 60 PUNTOS

Jairo Rodríguez R. – Javier Rodríguez R.

	P. MÁX.	P. ASIG.	P. ASIG.
1. Cumplimiento de Objetivos	10	10	10
2. Metodología Utilizada	10	10	10
3. Análisis, alcance y validez de los resultados	10	10	10
4. Importancia del tema	10	10	10
5. Presentación general (Revisión de Literatura, metodología, cuadros, diagramas y figuras, redacción general, normas de redacción técnica)	10	10	10
6. Perspectiva en a Investigación Pedagógica - Educativa	10	10	10
	60	60	60
PROMEDIO	60	PUNTOS	

SUSTENTACIÓN SOBRE 40 PUNTOS

Jairo Rodríguez R. – Javier Rodríguez R.

	P. MÁX.	P. ASIG.	P. ASIG.
1. Dominio del tema	30	30	30
2. Exposición del trabajo	10	10	10
		40	40
PROMEDIO		40 PUNTOS	

TOTAL 100 PUNTOS

Que el Comité Curricular y de Investigaciones solicitó a los Jurados Evaluadores los conceptos que argumenten y justifiquen la solicitud presentada ante el Consejo de Facultad de Ciencias Humanas.

Que en virtud de lo anterior,



Acuerdo No. 109. Por el cual se otorga la distinción de LAUREADO a un Trabajo de Grado.

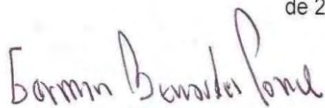
ACUERDA:

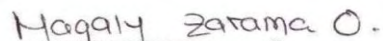
ARTICULO PRIMERO: Otorgar la distinción de LAUREADO al Trabajo de Grado titulado: "POR LOS TRES MIL DIABLOS DÉJENME LATIR", presentado por el estudiante JESICA PAOLA GUANCHA VENEGAS, identificada con Cédula de ciudadanía No. 1.085.266.327 expedida en Pasto, quien obtuvo 100 puntos, que corresponden a la calificación de LAUREADA, según acta de sustentación.

ARTICULO SEGUNDO: OCARA, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Humanidades y Filosofía, anotarán lo de su cargo.

COMUNIQUESE Y CUMPLASE.

Dado en San Juan de Pasto, a los 30 días del mes de Junio de 2016.

  
GERMAN BENAVIDES PONCE  
Presidente

  
MAGALY ZARAMA ORDOÑEZ  
Secretaria

## **AGRADECIMIENTOS**

La autora desea expresar su gratitud:

A mi familia, por su confianza.

Al profesor Gonzalo Jiménez, por su colaboración paciente y atenta en este trabajo de escritura.

A Alexander Guerrero, por su gran sensibilidad en las ilustraciones.

A la memoria de mis difuntos: Rosario Polo Pascuaza, José Alfonso Muñoz, Rosa Elena Muñoz Polo, Tránsito Merchancano, Salomón Venegas y Jorge Alfredo Venegas Muñoz.

A mi abuelo Segundo Salomón Venegas Merchancano, por su cálida palabra y ejemplo constante de trabajo.



## RESUMEN

La elaboración de este trabajo sobre relatos se establece con narraciones que hacen parte de la experiencia cotidiana, a partir de la palabra del abuelo; relatos de vida y testimonios articulados en torno a la noción de escucha, con los cuales se puede entrever el movimiento de la memoria íntima, familiar y comunitaria.

Así, más que un registro de relatos y recuerdos, se asume como un trabajo de re-interpretación, donde a cada relato lo atraviesa lo dicho, las rutinas y los lugares comunes que abren distintas formas de decir y escuchar, para levantar olvidos y represiones que entorpecen a lo que viene y sus posibilidades de transformación.

El deseo de iniciar una búsqueda de sentidos y argumentos en torno al saber que se construye fuera del aula de clases surge de una necesidad de manifestar el efecto de establecer un diálogo de saberes con la palabra y de un andar por caminos marginales, en contraste a lo dispuesto por la academia; aquel saber alberga toda una concepción vital del ser humano y sirve para construir reflexiones en torno a un pensamiento propio, a través de la escritura como expresión sincera de un entender y un sentir.

**Palabras clave:** Relato, Palabra, Literatura, Creación, Memoria, Escucha.

## **ABSTRACT**

The development of this work on narratives is established with stories that are part of everyday experience, from the word grandfather; these are life stories and testimonies articulated around the notion of listening, with which one can glimpse the movement of the intimate, family and community memory.

Thus, the work, rather than a record of stories and memories, is assumed as a task of re-interpretation, where each story running through the above, the routines and platitudes that open different ways of saying and listen, to lift repressions and oversights that hinder what comes and possibilities of transformation.

Thus, rather than a record of stories and memories work reinterpretation where each story is crossed by what was said , routines and platitudes that open up different ways to say and listen to lift oversights and repressions that dulls assume what it comes and possibilities of transformation.

The desire to start a search for ways and arguments around knowledge that is built outside the classroom arises from a need to express the effect of establishing a dialogue of knowledge by word and a walk in marginal ways, in contrast to the provisions of the academy. That knowledge has a vital whole conception of the human being and serves to build reflections on one's own thought, through writing as a sincere expression of understanding and feeling.

**Keywords:** Story, Word, Literature, Creation, Memory, Listen.

## CONTENIDO

	<b>Pág.</b>
INTRODUCCIÓN	11
1. EL COMIENZO	15
1.1 AL AMANECER	15
1.2 DESPERTAR	22
2. UN PASO MÁS	30
2.1 ORO EN PAÑO	30
2.2 EN EL ARMARIO	35
3. ¡DÉJENME LATIR!	49
3.1 SÍGAME, PERO A MI LADO	50
3.2 EL CARGUERO	52
3.3 EN EL SOBERADO	56
3.4 ROBERTO	59
4. MEMORIA Y PALABRA	64
5. EL CAMINO ES LA VIDA	71
6. AGUA PARA LOS QUE YA NO ESTÁN	75
7. LA BENDICIÓN	80
8. EPÍLOGO: A VIVA VOZ	81
BIBLIOGRAFÍA	82

## ÍNDICE DE FIGURAS

	Pág.
<b>Figura 1. Susurros de fuego</b>	27
<b>Figura 2. Suave espera</b>	43
<b>Figura 3. Rostros en el tiempo</b>	54
<b>Figura 4. Entre los muros</b>	62
<b>Figura 5. ¡Déjenme latir!</b>	78

## INTRODUCCIÓN

Con los nuevos accesos a la tecnología dentro y fuera del aula de clases, se da un beneficio en el aprendizaje en cuanto que, para el estudiante, es más fácil y rápido conseguir la información y llegar a ella, descubrir el mundo lejano, acercarse a otras formas de comunicación, relacionarse de otras maneras; sin embargo, a partir de esta nueva forma de aprender el ser humano vive en una constante aceleración e ilusión de lo que lo rodea, todo llega tan rápida y bruscamente que si bien es cierto agiliza la recepción de la información, por otro lado se aletarga el sentido de la atención, se dificulta la reflexión sobre lo escuchado, el análisis sobre las cosas, se hegemonizan los sentidos y se intenta acceder a otro tipo de realidad: la realidad virtual.

La escucha pasa a un segundo plano, donde el hombre es capaz de oír todo, pero no de escuchar; no se toma el tiempo para entender, para atender a la palabra que el profesor, el amigo, el padre y la madre, o cualquier persona dice y enseña. De ahí parte lo fundamental de este trabajo, en una escucha reflexiva y responsable, en una diferencia entre el oír y el escuchar, como lo decía Roland Barthes. Esta escucha parte de un momento en que el ser humano está inmerso en un espacio donde la palabra pierde su virtud de compromiso y de actitud ante los otros.

Este trabajo apunta a aquella palabra que deviene dentro y fuera del aula de clases ya que, si bien es cierto la escuela es un elemento básico para la formación del ser humano, también es necesario reconocer esa otra clase de formación propia, que desencadena una forma de ser y de estar en el mundo y que se encuentra desde temprana edad en el hogar, en la boca de los abuelos, que hablan a través de sus hijos (padres y madres) y nietos.

En esa medida, a este trabajo lo impulsa la cercanía de toda una vida a la enseñanza elemental a través de la palabra evocada en las comidas y reuniones, en la fiesta y el luto o en los momentos de soledad, en el amanecer de los primeros años, cuando el ejemplo y la presencia de los mayores es un pilar para una conducta y pensar propio, por la compañía presente o ausente, pero siempre constante a través de otros.

Al tener en cuenta el concepto de oralidad de Walter Ong, cuando afirma que la oralidad es una expresión verbal propia del ser humano, que difunde saberes propios de una cultura en una correspondencia de conocimientos, sentimientos y experiencias enmarcados en una memoria particular y una memoria colectiva, se plantea a la palabra como sonido, ya que parte de una articulación que, a la vez, no se limita a un plano puramente fonético, sino también se refiere a un sonido que es, ante todo, hecho y acontecimiento, algo que ocurre y que determina algo, de ahí que la palabra conlleve, en su fundamento, potencia, que comparta energía a partir de la forma y el espacio o que dependa de quien la pronuncia.

Por otro lado, el acontecimiento que se produce a partir de la palabra se vincula a un proceso de pensamiento ligado con el comunicar; es decir, se propicia una difusión de mensajes e ideas para que algo aparezca a partir de esta realización; aquí se dice que la palabra no es articulación, sino también forma parte del gesto, del ritmo y del cuerpo, todos ellos enlazados a un sistema de memoria y recuerdo: el ser humano procesa su experiencia y, a la vez, la transforma para producir sentidos; cuando sobreviene el recuerdo, se expresa la fuerza del ser humano para volverse a un pasado y para que ello fuese compartible.

Cuando se refiere a un saber experiencial, se admite que se da dentro de una interacción y relación con otras personas y que no se adquiere por sí mismo. La intención de establecer un diálogo con los abuelos parte de un reconocimiento y mutuo aprendizaje del otro, con el otro y por el otro, a la vez que es un diálogo con la propia experiencia. Al señalar como referencia la escucha como forma de relación con el abuelo, se pone en evidencia el desplazamiento reflexivo de una transformación personal y cognitiva, que está más allá de las capacidades y de las disposiciones para los que normalmente prepara la academia, lo que significa que este diálogo se produce en un campo vivencial y personal de enriquecimiento y, sobre todo, de creación de comunidad de personas que escuchan, aprenden, saben y están en constante relación con un saber discursivo y gestual: “*un saber y un saber hacer*”, ya que se trata de un contenido tangible, que se puede ver y tocar, se hace concreto cuando, más que mencionar un acto o suceso, es la capacidad y la disposición de actuar y de realizar; así, se puede hablar de cierta corporalidad en el saber del abuelo que parte de un conocimiento de las personas y se despliega hacia una forma de relación con los demás y de llevar la vida donde cobra mucha importancia el sentido de trabajar y de habitar.

La palabra del abuelo sucede en un contexto de acción humana, que se expresa en el diálogo frente a frente o aun en ausencia de su imagen. Este diálogo provoca un espacio fértil de enseñanza y reciprocidad particular con alguien, a través de su palabra y escucha, su saber y memoria. La palabra que aquí se menciona se recoge, se trae de nuevo y conserva un cúmulo de experiencias de vida (personal, familiar y comunitaria) que enriquecen y dirigen la conducta de quien escucha.

La posibilidad de que la enseñanza fuese un espacio fértil se abona no solo a partir de la escucha de la palabra como articulación, sino como presencia vital, lo que implica una especie de fractura en el tiempo, razón por la cual se habla de *acontecimiento* como espacio en el que algo aparece y aborda a quien escucha, en función de dejar ver algo que hasta ese momento se ignoraba; algo repetido, pero renovado; en este sentido, se afirma, desde el relato, que la palabra del abuelo es enseñanza, palabra dicha desde antes, renovada y dicha por primera vez.

La seguridad con que se escucha posibilita que el abuelo hable a partir del sentido de su existencia; su palabra entrega un afecto diferente, lleno de tradición, memoria y herencia. De esta manera, la escucha es el hilo conductor hacia lo procedente de la palabra, desde donde se articula y pronuncia para ser realización de una forma de aprender y de vida

Cuando se refiere a escuchar la palabra del abuelo, se admite que se trata de una relación que tiene lugar en el circuito de alguien que habla para otro que escucha, dentro o fuera de ese momento y de ese lugar, y ahí es necesario pensar en la enseñanza desde la palabra y la escucha, como herramientas propias de una acción pedagógica, que permite difundir e interpretar mensajes y sentidos dentro y fuera del aula de clases, pues a partir del escuchar sobreviene un acto de sensibilización y de creación por parte del oyente, quien le da sentido a lo dicho y escribe a partir de su vivencia.

Por consiguiente, a partir del trabajo de escritura se hace una interpretación, versión y transformación de los sentidos, significados y recursos para expresar dichas vivencias con los abuelos, desde lo que resulta significativo, dentro de un proceso de intertextualización, que implica la aceptación y el reconocimiento de lo que se atiende y se aprende; por esta razón, existe el deseo de poder mediar entre el abuelo y el aprendiz dentro de los propios contextos de acción y de recepción, lo que permite formular un discurso desde el acontecer construido en un repertorio de largas conversaciones con el abuelo.

Este acontecer educativo surge en un espacio no propiamente académico, sino más bien circunstancial y cotidiano. El trabajo, más que recopilación y acumulación de relatos, discursos o palabras, se enfoca en captar el carácter formativo de la palabra del abuelo y buscar su discurrir en la vida cotidiana por medio de la escucha, lo que permite un proceso de interpretación a través del ejercicio de escritura que, en lo posible, se quiere abstener de lanzarse como un discurso cerrado.

Ahora bien, el cuerpo de este trabajo lo constituyen siete capítulos, desarrollados de la siguiente manera: en el primero, se genera un diálogo silencioso del oír mejor primeros gestos y encuentros en la casa, que invitan a la atenta escucha de lo antiguo, para así establecer un vínculo que, en una mención del pasado como experiencia de vida, no se queda en un hacer-saber, sino se vuelve acción-reflexión para un presente; en este sentido, el relato está en continua correspondencia con autores y textos citados.

En “Un paso más”, la memoria del abuelo permite la escucha de otros más próximos; en este caso, la mujer, a través de la palabra, establece escuchas más delicadas y frágiles desde la naturaleza y la intimidad del otro, al tener como necesidad el trastocamiento sobre el curso de los acontecimientos y al ser ella misma acontecimiento.

“¡Déjenme latir!”, que incorpora el título de este trabajo, vuelve la atención sobre esta petición de escucha y disposición a su sentido, que se desprende no sólo de la comprensión

del relato, sino de su desnudez, que conmueve e irrumpe para hacerse piel y palabra: don de recepción.

“Memoria y palabra” es un ensayo, que desarrolla el concepto de memoria y palabra, apoyado en algunos autores y textos que permiten entender que la palabra, tanto oral como escrita, es fuente de creación y diálogo.

Los últimos capítulos: “El camino es la vida”, “Agua para los que ya no están” y “La bendición”, atienden al decir transparente de cada experiencia aquí relatada, donde se reafirma que la fuente de cada relato y de cada palabra aquí escrita deviene del compartir toda una vida al lado del abuelo; en este sentido, más que a partir de entrevistas programadas, las conversaciones se hilaron en la intimidad y cotidianidad y en el intento por captar lo que el abuelo consideraba necesario decir y no responder a lo que se deseaba escuchar; por esta razón, y para finalizar, se señala que este texto es un intento personal por reconocer, en la palabra del abuelo, la propia palabra, sin silenciar, por supuesto, la de él y, sobre todo, de darle voz a aquellos que no han tenido voz y que, de alguna forma, han hablado por boca del abuelo.



## 1. EL COMIENZO

En medio de situaciones cotidianas, el abuelo florece por su peso de tiempo y de experiencia; él y su palabra a través de otros ayudan a dar los primeros pasos hacia un afuera; a partir de su don de experiencia, la lección se hace constante, diaria, fuerte y vital; su presencia, que transgrede el mero artificio de la materia, es latente en lo venidero de la memoria y de la experiencia, que vuelve otra vez al repetirse de diferentes formas. Estas palabras primeras, que vienen en gesto y pequeños actos diarios, llegan al cuerpo, que es todo oídos; preparan para el afuera y están en compañía de quien crece.

### 1.1 AL AMANECER

He de hacer que la voz vuelva a fluir por los huesos...  
Y haré que vuelva a encarnarse el habla...  
Después que se pierda este tiempo  
Y un nuevo tiempo amanezca

#### **Himno de los muertos de los guaraníes**

Eran las cuatro y media de la mañana de un día cualquiera, eran las cuatro y media y las horas siguen pasando y en casa siguen durmiendo.

Mientras tanto, el cielo se descubría y el alfabeto de la tierra se manifestaba en el canto de los pájaros y en aquella primera luz en el filo de la sombra; los árboles, las calles, las casas y los rostros no se mostraban completamente sino de a pocos y entre la luz y la sombra surgía la figura inacabada de la abuela que en ese momento abría la puerta de su habitación y se dirigía lentamente hacia la cocina...

La casa interiormente parece silencio y quietud, pero el despertar solitario de la abuela abre las puertas del hogar al afuera, donde el mundo se vuelve relato errante en el viento sereno de la madrugada. El canto de los pájaros y el rostro claroscuro del cielo, luz en el filo de la sombra, invitan al devenir de la palabra que se agrieta y que convida y evoca otras palabras; el mundo se deja oír en los murmullos y sonidos de la naturaleza, el lenguaje brota del afuera y del adentro; se encamina el relato de la vida a medida que el mundo se derrama exterior e interiormente en el ser humano; al respecto, se evoca la voz de Michel Serres:

¿De qué exterioridad desplegada se teje lo íntimo? (...) Mi relato penetra en mi paisaje y el paisaje actúa en mi relato. Para recuperar la pregunta abandonada: ¿quién soy yo? He aquí mi respuesta: el zarzal de mi relato entre la frondosidad de mis paisajes, externo e íntimo.<sup>1</sup>

La abuela despierta antes que los demás; su figura inspira en cada acto silencioso caminos infinitos que se pierden en la espesura de lo sonoro para nombrar lo innombrable y desbordar la significación del enunciado; la cotidianidad se surca entre signos, reclamos y

---

<sup>1</sup> Michel Serres. *Relatos de humanismo*, París: Le Pommier, 2006. Trad. Luis Alfonso Palau. Medellín: Universidad de Antioquia/Instituto de Filosofía, 2007, p. 32.

mandatos, actos que pocas veces se reconocen como inherentes al ser humano y, por ello, se desconocen dentro del actuar propio en el espacio social e íntimo.

La intimidad del relato propicia la salida hacia el vivir cotidiano, al actuar sobre sí mismo y sobre lo demás. En este sentido, la voz acontece como acto de memoria donde el río de la vida discurre y la tierra revela sus pasos al hilo del amanecer de un nuevo comienzo, de un nuevo retorno; la partida puede ser también llegada y abrir los ojos al mundo también puede ser abrir los oídos al oscuro viaje de la palabra.

El relato surge desde gestos intraducibles y poetiza la experiencia y la memoria; a partir de la palabra, se propicia la salida del sí mismo, acontece la extrañeza ante otro y ante sí, se retorna hacia la intimidad. Este viaje en el relato abre las puertas hacia la sensibilidad respecto al mundo y los otros desde un andar interior y profundo que mana en espacios y momentos frágiles para el recordar discontinuo, para la memoria en fuga que se entreteje en el paso hilado.

Luz y sombra en el amanecer; presencia y ausencia, doblez del relato entre lo que dice y lo que oculta, conjugación de lo visto y lo no visto. El relato oculta mientras devela; se vuelve sombra, pero, en la forma en que permanece lo olvidado e irrecuperable, brota la memoria atravesada de recuerdo y olvido.

La palabra se mueve en continua metamorfosis, no sólo para ocultarse, sino para ser otra y devenir en el lenguaje de la memoria, que echa raíces en el relato; de ahí que fuese necesario entregarse a la escucha de la palabra, ya que “cuanto más olvidado de sí mismo está quien escucha, tanto más profundamente se impregna su memoria de lo oído”<sup>2</sup>; disposición de prestar el oído y el cuerpo a la palabra que viene y recupera la escucha abierta y sensible, que graba una memoria de resonancias y permite una nueva sensibilidad para asumir la memoria y la experiencia singular.

Luz de ausencia, imagen sombría que antecede al día; retroceder para encontrar el rostro propio de la palabra, donde el olvido recupera el ritmo del tiempo y de las cosas; sombra de presencias, rostros indefinidos y voces que aún susurran y anclan el ayer en el hoy.

Antes de que la mañana sobreviniera completamente con toda su claridad, la luz de las primeras horas brota despacio sin la presencia del sol; la luz quiere venir y se anuncia, es un acontecer que mueve el mismo acontecer; entonces, la presencia extraña y lejana adviene en este tiempo de amanecer; la disposición paciente y atenta permite entrar a lo extraño, que puede resultar tan lejano como familiar.

En el hogar, se siente la extrañeza de la voz cada vez que se sueltan los recuerdos y cuentan cómo las paredes de la casa, las calles de afuera, las puertas abiertas y cerradas

---

<sup>2</sup> Walter Benjamin. *El narrador*. Madrid: Taurus, 1982, p. 14.

pertenecieron a otros; así, al oír el paso del relato, a partir de la experiencia de los abuelos y las abuelas, se advierte la circunstancia de ser pasajero en la palabra, en medio de retornos, llegadas y despedidas.

Los pasos suaves de la abuela dentro de la casa recuerdan ese caminar lento y sin afán de la mano de los abuelos; la indeterminación de la palabra descansa en el palpitar de la vida, en el secreto brillo de cada gesto que provoca el surgimiento de presencias extrañas y convoca a otro escuchar; otra voz viene en busca de otra escucha y sensibilidad para provocar nuevas formas de relación, enfrentamiento y compromiso con la existencia.

El movimiento del humo que salía de la leña recién encendida participaba del nacimiento del nuevo día, cuando lo viviente despierta de a pocos, la palabra apenas se pronunciaba y el fuego áureo apaciguaba el frío de la mañana y abrazaba los sentidos de la abuela haciéndole recordar antiguas tulpas en las que ella había encendido el fuego junto a su pequeño hermano y su madre, tiempos pasados en que otro fuego había abrigado conversaciones y palabras de días y noches difíciles y serenas.

En cada leño que la abuela encendía, se revelaban los senderos de la palabra que antaño se desató alrededor de las tulpas, dentro o fuera de la casa, en medio de reuniones y encuentros, entre caminos de piedra y monte, de sonidos casi imperceptibles...

El fuego susurra palabras antiguas escritas alrededor de las tulpas, abriga constantemente el primer llanto y la primera risa; este fuego, que la abuela prendía cada mañana, al amanecer, para la preparación de los alimentos, es el mismo que tiempo atrás iluminó las conversaciones y palabras que poco a poco se dejaban oír de los labios de los abuelos; en el fuego encendido por sus manos, ha existido una memoria de antiguas palabras, que antaño se iluminaron y abrigaron en el calor, en la llama viva de la conversación que ancla voz y cuerpo; así, la abuela parecía recordar las trenzas negras con olor a humo fresco de su madre y las risas tempestuosas de su padre, que recordaban momentos de simpleza única, momentos en que el saber transitaba de boca en boca y de corazón a corazón.

Alba de antaño  
Cenizas en plena metamorfosis  
Sueños desiertos  
Al susurro del fuego.

Alrededor del fuego camina el amanecer y la palabra-semilla que otros plantaron tiempo atrás conjura la nostalgia del recuerdo, junto a la mirada, la escucha, la risa, el silencio, el gesto y el olvido; palabras anteriores dejaron sus huellas sobre las huellas de otras, ya casi olvidadas en el inmenso mar de aromas, sabores y deleites; otras voces y escrituras se fraguaron en medio de abandonos directos o sutiles, como el desconocimiento, la indiferencia y el olvido.

La palabra que se otorga y se recibe es una construcción de la experiencia personal y comunitaria, experiencia que viene de generación en generación; como lo expresa Walter

Benjamín: “La experiencia que se transmite de boca en boca es la fuente de la que se han servido todos los narradores<sup>3</sup>”.

Acontecer de la palabra en experiencia, donde la tierra surge a través de lenguas inmemoriales y de relatos nacientes en viva voz del narrador, que hace posible el surgimiento de la presencia-otra en el acto de la escucha: “Si la experiencia no fuera comunicable, si no se transmitiera, la narración no sería posible; esta experiencia del narrador se torna, a su vez, en experiencia para el que escucha, para el oyente<sup>4</sup>”.

Experiencia que se transmite de boca en boca, que se desliza en el río de vocablos cotidianos, experiencia que acontece en cada segundo y hace y deshace los rastros del relato.

Vienen voces en el rumor del fuego y el tiempo se desliza sobre las manos de la abuela que avivan el calor de la madrugada; el silencio obra como memoria en movimiento y, al ventilar las llamas, cada acto se transmite, se rehace y regenera continuamente.

Cada color en el fuego dibuja un alfabeto íntimo de saberes donde se deposita la escucha en común, que invita generaciones del antes, del ahora y del después; voz que es tránsito entre la disposición de prestarse al acto de la palabra que relata una tradición y posibilita la escucha de lenguas inmemoriales escritas en el cuerpo.

“Silencio el mundo va a dar a luz un árbol”  
**Vicente Huidobro**<sup>5</sup>

Con tres golpes en la pared, semejantes al orden puntual del reloj, la abuela provocaba el primer abrir de ojos del día que anuncia el despertar inmediato hacia una nueva jornada.

Tres golpes nada más, para que el silencio de la noche anterior terminara y los demás moradores de la casa estuvieran rápidamente de pie.

Tres golpes en la pared, y no en la puerta, pues la vibración que ocasionaba el encuentro de la mano de la abuela y el adobe era más fuerte y profunda; era el sonido perfecto para que quien lo escuchara se sacudiese de repente en cada uno de sus cimientos.

Minutos después, el abuelo ya estaba en la cocina, aguardando la primera taza de café de manos de su mujer, y un leve resplandor que emanaba de la hornilla descubría el rostro surcado de arrugas de los abuelos; se notaba el fuego eterno de los años que no pasan en vano, una escritura teñida por pasos ya dados.

De la pareja emanaban sonrisas, suspiros y lenguajes tatuados en la piel; la sola presencia se hacía relato y el recuerdo acudía inmediatamente con el diálogo.

Entre el silencio y la espera, la vida discurría de a pocos; del radio colgado de una de las paredes empezaba a salir una vieja canción; era de esas canciones que al abuelo lo hacían pensar hondamente y que poco a poco disipaba el humo de su cigarrillo con su mirada silente hacia días lejanos:

Estoy mirando mi vida  
en el cristal de un charquito  
y pasan, mientras medito,

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>4</sup> Joan-Carles Mèlich. Narración y hospitalidad. [*Anàlisi*. 2000; p. 129-142; en línea], p. 132.

<sup>5</sup> Vicente Huidobro. *Altazor*. [Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1931; en línea], p. 42.

los sueños perdidos,  
las horas marchitas.<sup>6</sup>

Buenos y antiguos despertares llenos de manos abiertas, de penas en lo hondo del corazón, de la mirada hacia atrás.

Cada día se asiste a un nuevo nacimiento; sobre todo, a un nuevo renacimiento, en el que las hojas secas de los días de vez en cuando se desenrollan y permiten ver sus furtivos senderos.

El humo que baña las paredes de la cocina, la boca junto al cigarro, bocanadas de aire, palabras que allegan lo pasado con lo que pasa, el ayer con el ahora, así es el gesto del relato, gesto que permite un sentarse al frente de los abuelos para dejar que hablase el tiempo, dejar que corriesen las manos de las abuelas sobre viejos tejidos; hebra por hebra se sumergen en el encuentro con la palabra evocadora que invita a un despejar el oído en medio del ruido.

En un comienzo, la luz del día se acercaba lentamente. Ahora las puertas de la mañana se abren de golpe; fogonazo de la experiencia en la primera mirada de los abuelos; brota el resplandor de la palabra que se ofrece al diálogo.

Palabra de retorno a la memoria del otro y lo otro, que provoca enfrentamientos propios y ajenos; en este sentido, la palabra que invade genera rupturas y fracturas en el tiempo, transforma lo que pronuncia; la palabra lleva a un retornar, en el que es posible volver a tomar el camino que antes se ha recorrido; al recordar, adviene la ruptura con el tiempo continuo y, entonces, el recorrido de la palabra transita entre la experiencia que resucita a cada instante.

Surge la palabra antigua en labios del abuelo y en las líneas que surcan su rostro; la palabra amanece en la oblicuidad del oído que se presta a esa presencia extraña y lejana, cuando el tiempo entrega realidades y despierta relatos en el cuerpo del *otro*, ajeno y propio.

Relato al ritmo de la mañana y del tiempo que se narra, que recuerda y ofrece como un nuevo comienzo; cada amanecer anuncia un nuevo día, un nuevo comenzar, un nuevo abrir de ojos al mundo; cada amanecer es, también, el recuerdo de amaneceres pasados, por eso surge el tiempo de evocar y renovar la experiencia, de inventarse en el encuentro con la voz del otro, con voz del tiempo presente que se construye desde el ahora y desde la palabra; en este sentido, la palabra de memoria no solo retrocede en el tiempo, también se abre como espacio.

---

<sup>6</sup> Tema musical: “De barro”; un tango, interpretado por Roberto “El Polaco” Goyoneche; letra de Homero Manzi.

Se rompe el hechizo de la oscuridad, del aliento silencioso en el dormir abrigado y de ojos cerrados; viene el brillo matutino que rompe con el tiempo; esta ruptura puede entenderse en ese primer abrir de ojos que hace que retornase la palabra, que pone frente a frente con el relato que despliega la vida, en una ruptura en la que el lenguaje se actualiza y deviene como otro.

Al respecto, afirma Michel Foucault: “Lo nuevo no está en lo que se dice, sino en el acontecimiento de su retorno”.<sup>7</sup>

Acontecer de la palabra que ahonda en lo íntimo de los sentidos, en la medida más sensible y en su aparición carnal y corporal: “también la palabra cuando toca, o seduce, o marca, se vuelve piel”.<sup>8</sup>

Retornar al rostro de la abuela, escrito en senderos que se tejen y destejen entre el recuerdo y el olvido, entre la presencia y la ausencia.

Cenizas nacientes en el telar del tiempo, que provocan la memoria donde la vida y los senderos, a que ella lleva, se dilatan, se avivan al compás del círculo del que emergen; alrededor de la palabra hecha rostro se puede dar vueltas y buscar el tránsito de la vida y el encuentro con la alegría y la nostalgia, con la llegada y el adiós; diálogos con el otro y lo otro.

Aquel rostro deja oír lo que la palabra aún no dice, abre tiempos y lugares para devolverse, pronuncia el por-venir; esta palabra no apunta necesariamente hacia una verdad, no es palabra de *logos*; más que enunciar a partir de un discurso, entraña otras formas de abrirse en su sentido no lineal, sino circular, infinito y dialogante; de ahí que, a partir de las rupturas que provoca, hubiera una puesta en común donde circulan relatos en una pluralidad de tiempos y espacios que renuevan la memoria comunitaria, en la “comunidad de los que no forman comunidad”<sup>9</sup>; entonces, emergen aquellos relatos solitarios que, en medio de infinitas distancias, se aproximan y que, sin embargo, buscan encontrarse a partir de una constante inclinación hacia la experiencia humana.

La palabra se teje en el relato, se remonta a un origen, a un simulacro y se da en un tiempo eterno y en suspensión; renueva la tradición; las voces que ya no se oyen instauran un nuevo momento, de ahí el sentido ético del relato; frente a frente la voz circula, circula la comunidad que autoriza el decir, se regenera el palpito; así, cada palabra tiene la virtud de un tiempo inmemorial, de un tiempo en síncope; el oído se pliega al ritmo del corazón de la palabra; así, se entiende el pasar de la palabra por el corazón que se altera, se sacude y

---

<sup>7</sup> Michel Foucault. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1980, p. 24.

<sup>8</sup> Roland Barthes. *Fragmentos de un discurso amoroso*. México: Siglo XXI, 2001, p. 115.

<sup>9</sup> Georges Bataille. *Las lágrimas de Eros*. Barcelona: Tusquets, 1997, p. 142.

palpita cada vez en un surgimiento diferente, de ahí que la palabra fuese honda y profunda, que se cargase de experiencia y tiempo, de sonido y silencio.

Oír el relato es atender al raizal de saberes que se propiciaron en un tiempo anterior; el abuelo sabedor uitoto entiende el acto de relatar, pues la palabra que lo guía surge desde un tiempo anterior y lo sostiene para el tiempo que está por venir; es “el recién engendrado que engendra”,<sup>10</sup> palabra que engendra, que contiene, palabra de vida que se conjuga en el relato de vida a partir de su contacto con el recuerdo y que reconstruye la memoria; así, no se detiene en el espacio de lo incomunicable; la palabra se deja hilar en el relato y se dice siempre de nuevo, se abre a un tiempo que se transmuta en acto o en obra; una apertura que hace del relato un encuentro ético con la experiencia propia y extraña desde los espacios vitales, personales y comunitarios, donde se conjuga un halo íntimo personal y esencial; relato de orígenes, relato que se metamorfosea en el vaivén del asalto del tiempo y se recrea en cada susurro de los mayores.

El relato se genera desde la experiencia vital; llega y se asume como un hablar sensible, delicado y apenas soportable; horada el espacio íntimo de quien habla y, a la vez, de quien escucha; se vuelve presencia constante de un presente que hace presentes las memorias humanas, de un emerger que interpela a quienes asisten al diálogo; entonces, este territorio parece ser un tejido de relaciones entre la memoria y la palabra dada que convoca a un vínculo con el otro desde el “pensar cosas memorables”;<sup>11</sup> en este sentido, apertura a lo impersonal que revive la experiencia del otro y que choca con la propia experiencia de diálogo que pone fuera de sí y revela las entrañas.

El huésped entra.  
El que saludó a las sombras conoce el camino de las sombras,  
El que llega nos recorre, nos revela.  
Lo propio se nos da como lo que nos viene del otro,  
El otro revela lo propio y revela eso: que nos llegamos a nosotros mismos cuando nos encaminamos hacia nosotros:  
El camino hacia la propia identidad  
es el de la alteridad acogida.<sup>12</sup>

Diálogo inter-generacional donde florecen la tradición y el saber constante y profundo del otro; así, la palabra se actualiza y circula de oído a oído, de boca en boca y de cuerpo a cuerpo; entonces, se despliega la propia existencia y la soledad del recuerdo acoge a la memoria por venir que se abre y encuentra en el vaivén su equilibrio; “palabra poderosa”<sup>13</sup>

---

<sup>10</sup> Fernando Urbina. *Las hojas del poder: relatos sobre la coca entre los uitotos y los muinames de la Amazonia colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1992, p. 45.

<sup>11</sup> Walter J. Ong. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 37.

<sup>12</sup> Hugo Mujica. *Poéticas del vacío*. Madrid: Trotta, 2002, p. 131.

<sup>13</sup> Para los uitoto, una comunidad indígena del medio Caquetá (en la Amazonia colombiana), la “palabra poderosa” encierra un saber que se concreta en obras y es creadora de mundos. Nina S. de Friedemann, Hugo

que articula el espacio de vida y revela el tiempo insólito, cuando la fuerza de gravedad de la palabra da sentido a su presencia y fecundidad a su movimiento.

Palabra fecunda que deviene resonancia y se hace potente en su pronunciación, fluye y mora en movimiento a través del transcurrir del tiempo y de la vida: “la palabra oral tiene algo de alado, de liviano; *alado* y *sagrado*, como dijo Platón. Todos los grandes maestros de la humanidad han sido, curiosamente, maestros orales”<sup>14</sup>; de ahí, descubre la ocasión de atravesar y de circular constantemente la realidad para volverse acto de creación.

La palabra nombra las cosas, le da existencia y peso al relato y lo envuelve en un espacio-tiempo; en este sentido, el relato no solo es difusión de un saber a representar, es la memoria en movimiento de creación que adviene como continua interpretación de la propia existencia y la de los demás.

Palabra-acto que brota como acontecimiento cada vez que la abuela despierta y abre su corazón a hablas antiguas; palabra que viene de lugares y posibilita poéticas alrededor de la memoria y del relato; dice Fernando Urbina:

Abuelo-Canasto.  
Depositario de miles y miles de Palabras,  
Hojas que pasan repasando el Libro-Árbol.  
Abuelo-Semilla  
Que darás a otros  
Para que crezcan en Saber y Vida.  
Abuelo-Silencio.  
Cada arruga en tu rostro  
Es andadura  
De mil senderos andados sin alardes.  
Abuelo-Palabra.  
Cada Palabra tuya es hondo río.<sup>15</sup>

## 1.2 DESPERTAR

Al despertar se evocan la palabra y el recuerdo; se pide que viniera lo que antes se perdió. En la foto descolorida, la taza de café sobre la mesa, algunos zapatos que ya no se usan cubiertos de polvo, las hojas manchadas de edad y olvido, brotan como formas en movimiento de lo que sostiene el cada día de la memoria.

Entre palabras secas de olvido, se presiente la inscripción del paso del tiempo; así, se entiende que cada evocación despierta otra nueva palabra; la memoria, en apariencia dormida, y la voz de la experiencia, que se revela en la boca de los mayores, habla antigua de amor, dolor, sueños, trabajos y esperanzas que surgen paso a paso.

---

Niño y Andrés Corredor. *Etnopoesía del agua. Amazonía y litoral pacífico*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Facultad de medicina/Instituto de genética humana, 1997, p. 63.

<sup>14</sup> Jorge Luis Borges. *Borges oral*. Buenos Aires: Emecé Editores/Editorial Belgrano, 1995, p. 23.

<sup>15</sup> Urbina, *Op. cit.*, p. 38.



Pasos firmes al levantarse, que despiertan la memoria de abuelos y abuelas que se oculta en los labios del tiempo antiguo; con la luz del alba brota la palabra evocadora y se vuelve faro de la conversación; entonces, se alumbraba la voz por venir que anuncia la llegada de lo que en la noche anterior se ocultaba; se avivan los sentidos, cada órgano se inunda de vida y el silencio transmuta en palabras.

El humo que baña las paredes de la cocina, la boca junto al cigarro, bocanadas de luz, palabras que allegan lo pasado con lo que pasa, el ayer con el ahora, surge el gesto del relato, gesto delicado que permite un sentarse al frente de los abuelos, para dejar hablar el tiempo, dejar correr las manos de las abuelas sobre viejos tejidos, hebra por hebra se sumergen en el encuentro con la palabra evocadora que invita a un despertar el oído aun en medio del ruido.

El primer llamado de la abuela invita a despertar, nombra el acto de reconocer la presencia de otras vidas, del afuera, en tanto es un gesto de mutua intimidad y recogimiento a través de la palabra en el transcurrir del tiempo.

Llamado del rostro mayor, que invita a morar y vivir entre el relato que se hace vida; esta invitación temprana llega como mandato, invoca a través del encontrarse con el otro, pues entrar en el relato es también entrar en la diferencia y en el *entre* como lugar de interludio de vivo movimiento, cuyo hilo conductor guía hacia un viaje interminable.

El re-unirse trae, dirige y guía la memoria y el olvido, la palabra y la experiencia; es una repetición siempre novedosa y actualizada; de esta forma, adviene la ausencia, que revela la presencia del otro y lo otro.

Al ver lo que en noches antiguas parecía sueño, surge el presentimiento fresco de la lejanía que despierta el oído y aviva el corazón; sentir el latir de la presencia que se guarda como tesoro cerrado dentro del cuerpo-memoria.

La palabra y la memoria invitan a la reunión, al lugar del compartir y del diálogo, donde el relato agrieta sus sentidos y permite transitar en ellos; en este sentido, la conversación es experiencia de camino hacia lo propio desde lo extraño, desde la escucha como actitud de conducirse hacia la memoria ajena, hacia el otro lejano y ausente; una actitud de entregarse al sentido y de entrever distintas direcciones en medio del recuerdo.

En pleno transcurrir, aparecen imágenes casi inventadas por la palabra cotidiana y poética; en este sentido, el relato, cargado de memoria y tiempo, conjura vocablos que se preñan con la experiencia de vida, donde quien habla sobrevive a partir de su recuerdo y se revela en un habla poética, de creación, que se relata y escucha.

En la andanza a través del relato, se reconoce un trabajo de búsqueda y de descubrimiento siempre nuevo, de ahondar en cada palabra y en cada terrón de la memoria.

Walter Benjamin reconoce el sentido terroso del relato que difícilmente se puede sostener dentro de una clara comprensión; quien escucha y atiende a la palabra cava en lugar sombrío y espeso; se mueve la memoria mientras el abuelo desentierra entre la tierra movediza y recorre los nudos delgados, que posibilitan el movimiento del relato entre el lugar de hallazgo y la presencia.

La memoria cubre y oculta, confunde y vuelve diferente el pasado, mezcla y riega en la infinitud de su obrar cada palabra, cada imagen de antaño; guarda y protege ciertos acontecimientos para que así el relato se esparciera y reapareciera cada vez como nuevo; adviene de manera oculta y lejana, se mueve más allá de la realidad y la ficción; de ahí que tantas veces, al escuchar a los abuelos y las abuelas, surgiera la impresión de no entender a cabalidad lo que se dice; entonces, el mundo se vuelve palabra cotidiana y extraña, en la que se une y re-une la vida individual y el entorno a partir del sonido como naturaleza viva que atraviesa al ser humano.

Amanece y las cosas, que en un tiempo anterior dormían, vuelven a aparecer, retorna el tiempo de escuchar, de dejar que viniese lo que parecía perdido y oculto; retorna el tiempo de escuchar y estar en vigilia; retorna el mundo y la experiencia, que se deja hablar en el acto de nacimiento en que se sumerge la palabra oral: nacimiento de la luz, disposición para ver y para poder-ver.

Ver, vislumbrar imaginariamente, es irrumpir hacia lo pensado.  
Hacia lo otro que pensar.<sup>16</sup>

Voz y luz, habla y visión se conjugan en la palabra, que se derrama en el mundo como esencia material de las cosas; así, penetra de forma estética en el relato tradicional.

Al despejar la escucha, las cosas retornan al lugar que la vigilia les otorga en el espacio-tiempo; este retornar propicia el movimiento de la palabra a la memoria que se embriaga de imágenes, de colores y aromas, que construye sentidos en cada hilo del relato; de esta forma, se propicia una experiencia dentro de otra experiencia evocada.

Experiencia del recorrido que propicia un comenzar en el ahora, en el acontecer del relato; así, cada momento relatado crea sentidos desde el presente que surge y que sucede a cada instante de la memoria y de los saberes compartidos.

Mediante la oralidad, deviene el recorrido como momento de aprendizaje, en que se abre espacio a la pregunta y la ausencia, al sentimiento de sufrimiento, pues cada recuerdo adviene como signo de pérdida.

La mirada que deviene en el relato descansa en la apertura de la pregunta que resuena y en el asombro de los ojos, abiertos ante lo que no se explica, emerge la palabra que profiere

---

<sup>16</sup> Mujica, *Op. cit.*, p. 37.

preguntas y otorga la posibilidad del asombro y la vigilia en el caminar a través de distintas experiencias de pensar, en el mirar o escuchar hondamente a partir del silencio.

Los sueños perdidos, las horas marchitas;  
El recuerdo del abuelo,  
escucha de lo posible  
que antecede, que inaugura  
en la ausencia aparición,  
en la aparición atención.  
Mientras tanto  
la abuela  
hace vigilia en sombra,  
se barre del ruido,  
limpia, la noche  
se retira

El viejo crucifijo cuelga en la pared...

—Papá Alfonso lo trajo de Buga cuando fue a cumplir una promesa atrasada; hasta allá llegó con su librito de plegarias como único equipaje; se fue sin un centavo, de a pie, pasando hambre y frío y, cuando volvió, trajo al Cristo y dejó el sombrero, porque tuvo que cambiarlo por unos centavos.

El abuelo Alfonso, rezandero de tiempo completo, conocido en todos los velorios del barrio, en las novenas y festejos de la iglesia, de tiempo completo, porque cuando guardaba su libro de oraciones y se dedicaba al oficio de la tierra, la pala, el machete y el azadón hacían de camándula y plegaria.

—Elvira, Elvira, ¿dónde anda?, ¡apúrese!

—Ya voy, papá.

—M' hija, venga rápido, que casi es hora.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:

Despierten los corazones  
Para alabar a María;  
Que ya viene la aurora  
Dando principio al día.  
Ave, dichosa María,  
Del cielo puerta y camino;  
Aurora del sol divino,  
Luz y claridad del día.

Naciste tan pura y limpia,  
Como el diamante más fino,  
Para ser madre del verbo,

Aurora del sol divino.  
Bajó el ángel San Gabriel,  
Lleno de luz y alegría,  
A saludar tu pureza;  
Ave, dichosa María.

Para madre de Jesús  
El padre Eterno os previno,  
A que seas para todos  
Del cielo puerta y camino.

Entre toda escogida  
Eres, pues, Señora mía  
La luz que al mundo alumbra,  
Del cielo puerta y camino.

En lenguas de fuego vino  
El Espíritu Divino,  
Para que te digan todos  
Aurora del Sol divino.

Eres, Reina de la Gloria,  
Madre de los pecadores,  
Limpia, cándida y hermosa,  
Del cielo puerta y camino.

Mi corazón a tus plantas  
Pongo, divina María,  
Para que a Jesús le ofrezcas  
Junto con el alma mía.

En ti pongo mi esperanza  
¡Oh dulce Virgen María!  
Que has de ser en mi agonía  
Luz y claridad del día.

María, Madre de gracia  
Madre del hijo de Dios,  
¿A quién volveré los ojos,  
Madre mía sino a Vos?

Recibid, oh Madre mía,  
Estas doce Avemarías,  
Para que nos favorezcas  
En la tremenda agonía.

Amen.



Figura 1. Susurros de fuego

Los ojos de ella encontraban poco a poco gestos que la voz no decía.

A la imagen del Cristo la custodiaba un fino velo, que lo cubría; así, el cuerpo del doliente permanecía entre las sombras del velo y las motas de polvo se adherían al rostro y al pecho; brazos y piernas, heridas de un cuerpo cuyo color se conservaba limpio y fresco.

La cabeza inclinada de su padre frente al crucifijo lanzaba el puro aliento que viene del alma y sus ojos, amparados por los párpados, pregonaban el quieto momento al que desde niño se consagraba años atrás.

—Ya está hecha toda una señorita, m' hija; aquí, al frente de Diosito, bien formalita, ya es hora que aprenda a rezar; por ahí debe empezar.

De aquí a un tiempo, estará lista para muchas cosas más...

—Elvira, puje un poco más, más fuerte; mire que ya casi sale la cabecita, ya falta poco.

—Hágale, respire y dé la última fuerza; ¡eso, sí, ya, ya viene!

—Mujer, es un varoncito; mírelo, ¡qué bonito está!

—Con la gracia de Dios, bendito sea.

El último de los hijos nacía en casa y ella había dado a luz en casa, acompañada de doña Eudosa y del Cristo colgado en la pared, al que ella no dejó de ver ni un momento mientras su hijo venía al mundo; mirarlo era su primera seguridad, mientras él permanecía vigilante siempre desde aquella pared, testigo de siete nacimientos atrás; cuando el tiempo unguía de olores tibios la casa, entonces, era otra luz la que custodiaba al Cristo, otro resplandor que era huella de una llegada, huella del cuerpo de la mujer que daba a luz y luego amamantaba, cuerpo que manifestaba creación y vida.

La imagen del Cristo en la pared ha acompañado la vida de la abuela y ha hecho un retrato particular de la casa como su lugar de oración; así mismo, el tiempo de plegaria, saludo al día y su Creador, hora que levanta y despierta la escucha, en que se calla y se deja venir, se recoge y guarda lo encontrado, para que luego se descubriera y entregara.

Palabra que cuida el espacio interno y externo; al cuerpo y la casa los abriga el rezo; entonces, su decir es ofrenda y protección. En la oración mañanera, la abuela abre las manos, se dispone y cierra sus ojos para que ellos miren adentro; su pecho se levanta, se abre y ofrece; se encomienda y encomienda; en ofrenda al día, lo entrega con su voz y su cuerpo desde el silencio que dice y se ofrece como llamado.

La oración, como primera palabra, es llama al amanecer, fuego e invitación que anuncia y, desde su fuente, es promesa; de ahí que la abuela naciera en su oración y la revitalizara; en el rezo se gesta su ser madre, pues, al igual que el alba, ella da a luz aun si permanece en la sombra.

Abuela-alba,  
Recinto de huellas y marcas en la ausencia  
Creadora  
Que amamanta lo que deja llegar.

Ante la cruz de la casa, la abuela ora con palabra firme y tranquila; su rezo se hace en reposo y calma y no en angustia o tribulación; en la oración paciente, cada palabra es capaz de acariciar el alma de quien la escucha y reposa en ella.

Fuerza en la quietud y quietud en la oración, para entregarse y entregar, para limpiar y sanarse; oración por ella y por los demás. Oración para escuchar.

Los primeros rayos de luz caían a la tierra, mientras la abuela, en su despertar, obra descalza y parte tras la huella de quien aprendió a orar, respira y siente el trinar de aquellas palabras en sus venas

—Ajá, m' hija; así ha de orar al amanecer.

## 2. UN PASO MÁS

La palabra es pensamiento que, a su vez, es realización y no mera representación; lo que se nombra aparece y tiene la capacidad de convertir a la realidad en apariencia, puesto que tiene el poder de transformarla, además de que permite que las cosas fuesen en tanto se las puede nombrar. A partir de la palabra se da una revelación, que deja ver algo que hasta el momento no se evidenciaba; por eso, a través de ella se da a saber, a “*entender*”, en el sentido de que señala algo que alguna vez fue y que ahora vuelve a ser, se *re-pite* de una manera diferente, crea otros sentidos y permite que un lugar se abra a partir de esa *re-petición*, ya no solo como sonido articulado, sino, también, como gesto y acto.

### 2.1 ORO EN PAÑO

Hay una lengua que yo hablo o que me habla en todas las lenguas. Una lengua a la vez singular y universal que resuena en cada lengua nacional cuando quien la habla es un poeta. En cada lengua fluyen leche y miel. Y esa lengua yo la conozco, no necesito entrar en ella, brota de mí, fluye, es la leche del amor, la miel del inconsciente. La lengua que se hablan las mujeres cuando nadie las escucha para corregirlas.

**Hélène Cixous**

— ¿Dónde está ella?

—Shhh, habla bajito, ve; verás que nos puede escuchar; la mujer esa ha de estar de camino al descanso.

—Pero todavía se le ven los pasos por estos lados.

—Sí, todavía, pero estos pasos van pa' otro lado.

—Cuenta, Merceditas, usted que la ha visto, ¿irá de bajada o de subida?

—Ve, Rubén, camina rápido, afana el paso, que se va a enfriar al paso que vamos. No me hagas hablar de quien aún no encuentra camino de regreso. Mejor cántese una cancioncita pa' que termine de aclarar.

—Yo le canto, pero usted, luego, me cuenta.



Al rayo del sol dorado  
una mañana te vi,  
te vi que estabas cortando,  
te vi que estabas cortando  
matitas de perejil, guambra...<sup>17</sup>

Mientras cantaba, don Rubén, en verdad, vio cómo las manos del pintor pasaron sobre el cielo y, al ser que en ellas llevaba su corazón, derramaba sobre el azul apenas descubierto unas gotas color púrpura que se esparcían a lo largo y ancho del camino.

El corazón derramado teñía de colores las primeras horas del día; una tierna herida se abría en el cielo y, como regalo nuevo, vino en húmedo brillo la sangre verde de la gran montaña. Aquella sangre bañaba el camino de aroma y color a cebolla larga y fresca; las primeras lágrimas de la jornada venían desde aquellas hijas de la tierra y del sudor; las sembradoras de dulces llantos, de llantos que eran para alimento.

Otros terrenos llevaron sangre amarilla en sus venas; campos extensos de maíz listo para la cosecha se levantaban; la sangre del maíz era la más espesa, la más añeja y oscura que traía un fuerte aroma al fuego dulce y sereno de todas las manos abiertas al trabajo y a la tierra, traía el descanso de la espalda húmeda en sudor y amor y la bondad del dolor que se hace carne y espina.

te vi que estabas cortando...

Desde las alturas se desgranaban pequeñas gotas de sangre azul cielo, rojo colorado, verde hierba. Todos esos colores fueron sangre viva, la sangre viva de aquel corazón que se hacía alas y plumas y entonaba la primera alabanza que toda criatura le hace a su Creador.

Amor que se ha de acabar  
Ay, ay, ay, que se acabe de una vez...

— ¿Dónde está ella? Cuente, Merceditas, cuente.

—Verá, la pobrecita trabajó toda su vida como hombre mismo para sacar a sus hijos adelante; desde chiquita anduvo llevando sobre su espalda cargas de papa, maíz y cebolla, cualquier cosita que se diera en la finca de don Roberto, porque, eso sí, bien trabajadora que fue. Se la veía andar curquita, siempre, pero ¿sabe, Rubén?, yo digo que de tanto que ella cargó, su espalda hizo su carga propia y, ya ve, ni cuando se murió echó los bultos al piso; por eso, en el novenario, le pedí a la Señora del Carmen le concediera el eterno descanso.

---

<sup>17</sup> Tema musical: “Matitas de perejil”; un albazo; letra de Luis Alberto Valencia; interpretado por los Hermanos Miño Naranjo.

Yo la he visto salir a buscarlo, debe ser eso lo que busca y, como no lo encuentra, tiene que seguir andando por este camino que ella tanto conoció.

El otro día me pareció que algo encontró: se agachó de a poquitos y extendió su mano para arrancar algo de la tierra y vi su mano. Mercedes, ¡podía ver en la mano extendida los tiempos del sudor dulce y amargo, de la piel fresca y seca, la piel curtida por la tierra del maíz, la papa y la cebolla!

En la mano extendida, el corazón hambriento de lo que el viento eleva y se lleva a su paso.

En la mano extendida, la mano frágil y fuerte, la mano herida.

Noemí extiende su mano, una mano que se hace agua del consuelo en la sombra. Una mano que es el principio del verbo en los labios; extiende su mano y arranca el descanso del camino, lo soba en su cuerpo casi ido, se unta de color vivo, huele su crudo aroma y mastica bocados de infancia; mastica con hambre, pero sin ningún afán, y su saliva se hace océano derramado en su cuerpo. Mastica y sigue su camino.

—La manito de la Noemí tenía el color de la ceniza recién nacida del fuego, —dice Mercedes—, yo la veo.

—Michita, sobará fuerte la ceniza en el maíz, que salga toda la pluma y quede bien limpio, fíjese bien, —y Mercedes, o Michita, que así la llamaba cariñosamente Teresa, su madre, volvió a ver las manos llenas de ceniza.

Se fijó con cuánto esmero revolvía el maíz con la ceniza que minutos antes había hervido entre una lumbre intensa y grande; para esto, doña Teresa utilizaba una cuchara de palo y toda la fuerza de sus brazos; luego, el maíz se sacaba del fuego y se depositaba en una canasta y, utilizando la misma ceniza, se volvía a lavar con las manos; ya sin intermediarios, la carne de la mujer se hacía una con el maíz. El cuerpo de doña Teresa se impregnaba totalmente del humo que salía de la olla y toda la frente y pecho, sus brazos y sus largas trenzas estaban húmedas de maíz y bañadas de maizales claros.

Mercedes y su madre pasaban las noches enteras en la cocina, mientras el maíz volvía otra vez al fuego durante horas, hasta que se reventara y se abriera.

Mercedes podía ver.

Es el dorado fresco en el capia,  
Palomita blanca.  
Es la saliva del sol en las manos  
Que tiñe de blancura tu piel.

Desnudas y maduras manos  
bajo los ojos del fuego  
Derraman y hacen don  
con un último hilo de piedad.

El sudor de la dulce madre  
limpia lo disperso con ceniza.  
Con caricias salva  
de legías al tierno nido de oro.

En jardín tibio, el tiempo cae,  
Ardes, paloma madre,  
y en el seno de tu palma  
nace una flor blanca.

El rostro de la mañana se asila en la voz de Rubén y en las manos de Mercedes; la vida en abundancia late y se hace canto y risa, historia y recuerdo.

En el secreto de la mañana, se hacen ver las sombras del camino donde la luz del sol no llega, donde la niebla y el frío cobijan a los que pasan con hondo mirar. Los caminantes conocen de la gente que tiembla y hace temblar.

Los caminantes van a paso ligero por la bajada de El Cujacal e inauguran el aire con olor a mote tibio y fresco. Entre telas blancas, que cuidan, guardan y envuelven, se ofrece el primer alimento para la comida del día.

Del oficio cotidiano de Mercedes se conserva el trato de sus manos con los ausentes; ella enseña la memoria de aquellas mujeres capaces de recibir dulzura y amargura, de ablandar lo duro y fortalecer lo débil; mujer atenta a dar y recibir. En sus manos abiertas y dispuestas al trabajo conserva los olores fuertes y espesos de la leña bajada del monte y puesta a secar; ahí se confían las lágrimas secas de los hijos propios y ajenos, los restos de las tristezas que miden las sombras.

Sobre la piel dolida de los hijos  
la luz siempre nueva se levanta.  
El oficio de la sangre es un trazo hondo de vida  
y una lámpara al camino que oscurece.

Como el alma se derrama en criatura,  
extiende tu mano  
y, en noches sin descanso,  
para la vida del fruto obedece.

— ¿Dónde está ella?

— ¿A dónde va ella?

En camino, Mercedes, Rubén y ella; los trechos son diferentes, unos más largos que otros, más solos y más empinados.

Noemí va en camino eterno, camino que va de bajada y de subida, siempre hacia adelante pues ya no tiene permiso para retroceder. Su cuerpo no es el de antes, el viejo y cansado; ahora más infante pues más ausente, más pequeño pues más cerca. Su espalda no es derecha, pero su dirección al andar sí lo es.

En tierno despojo se hace cada vez más liviana, pero en su espalda deforme aún se recuesta el bulto que en vida llevó. Noemí lleva del bulto; carga liviana del que carga para descansar.

Llevar del bulto sobre la espalda, también con los oídos y los ojos, la garganta y el corazón.

Llevar el envuelto, el tapado, el envejecido y pesado, el guardado.

Con el paso cargado se levantan las palabras quedas en cada boca, en cada mirada, en cada silencio y en los gritos.

Por caminos que nadie más andará, va ella, que padece un nuevo dolor que recuerda cosas que nunca pasaron.

—Que se haga claro para los que andamos cargados y a media luz.

—Que así sea, Rubén, que así sea.

—Vengan a mi todos los que están apenados y sobrecargados y yo los aliviaré.

—Sí, Rubén, que a Él vayamos.

## ABRID LA PUERTA

Abrid la puerta, abridla de par en par,  
para que pueda pasar la cadena de oro:

papá,  
y mamá,  
el hermano,  
y la hermana,  
el novio y la novia,  
en un carruaje liviano.

Abrid la puerta, abridla de par en par,  
para que pueda pasar la cadena de oro:

el abuelo,  
y la abuela,  
el tío y la tía,  
los nietos y los bisnietos,  
en un carruaje de perlas.

Abrid la puerta, abridla de par en par  
para que pueda pasar la cadena de oro:

una pera  
y una manzana,  
miel de postre  
y una galleta dorada  
sobre una bandeja de oro.

**Kadya Molodovsky.**<sup>18</sup>

## 2.2 EN EL ARMARIO

Jorge Alfredo murió el 8 de julio de 1981, José Alfonso Muñoz Jojoa murió el 28 de octubre de 1981, Higinio Hernández murió el sábado, se murió Carmen Sacanambuy el sábado 7 de julio de 1973, mi puerco lo compré el 17 de junio de 1974, Dolores Pascuaza, Liliana Enríquez murió el 5 de enero de 1974, Ruth va 9 lápices, Paulina va 1 lápiz, Dolores Polo murió el 23 de febrero, viernes, el 27 va a entrar Ruth a la escuela, Fernando Jojoa murió el 24 de diciembre de 1974, Pedro Botina murió el 24 de diciembre de 1974, Lola Polo murió el 23, viernes, de 1972, Rosario Pascuaza murió el 19 de diciembre de 1976, Rosario Vallejo murió el 29 de julio de 1972, Luis Aurelio Meza murió el 7 de agosto de 1975, Fernando Enríquez murió el 24 de agosto de 1973, María Hermelinda Josa murió el 23 de agosto de 1976, Rosa Díaz murió el 20 de diciembre de 1976 y se la enterró el 23 de diciembre, Bosco Burbano falleció el miércoles 6, día santo, de abril de 1977, Nabor Delgado murió el 26 de junio de 1977, domingo por la noche, Camilo Delgado murió el jueves 30 de junio de 1977, Fernando Paz murió el jueves 21 de julio de 1977.

La puerta está abierta,  
En un rincón de la casa;  
Abrir para guardar más que para descubrir.

---

<sup>18</sup> Nira Harel (ed.). *La cadena de oro: poemas maravillosos para niños*. Madrid: Ediciones Sinsentido, 2010, p. 20.

Con humilde emoción, la abuela abre el armario y lo primero que se encuentra es su letra escrita en las puertas; en ese lugar permanece intacto el secreto, siervo del silencio, y su sombra se cierne en la madera vieja y empolvada como si se confundiera con ella. De su mirada surge cada nombre ahí escrito y de ella se derrama una caricia de bondad para los nombrados: con la tinta del tiempo se deposita el nombre de los ausentes en la palma de la mano y sus ojos están de luto en cada verbo.

En el armario, la abuela guarda desde vajillas envueltas en papel periódico, restos de velas que según ella sirven para la guarda de la casa, telas y más telas dobladas con mucho cuidado y además envueltas en papel, hasta un universo de manteles de todos los tamaños y texturas, donde el blanco y el beige, en tonos casi invisibles pero diferentes, guardan entre pliegue y pliegue un paisaje de limpieza y pudor.

Luego, sus manos se deslizan sobre una tela oscura amarrada con un cordón azul; la sacan del armario y la ponen sobre su cama y, con un mínimo esfuerzo, se desata el cordón y extiende la tela, de la que salen pinzas de diferentes colores y tamaños; a su lado, finos ganchos adornados de filigrana, todos ellos con un brillo limpio de vejez; cada objeto hace sombra a los pequeños rasgos de los años que en ella son presencia.

Mientras el abuelo sigue sentado en la cocina y fuma, en la habitación la abuela peina sus cabellos negros, largos y espesos, como el humo del cigarrillo del abuelo, aire espeso que allí se respira, aire que corta el aire como espada fina que hace sangrar el silencio.

La soledad de la abuela habla con su esposo y desde su cabellera suelta y espesa se abre la visión del camino hacia el monte, donde también moran mujeres de cabellos largos y abundantes, mujeres que enredan y hacen perder el camino, pero, a la vez, lo abren:

## EL DESAPARECIDO

Lo buscamos hasta más no poder, pero se hizo monte él también...

El sombrero, ese sí apareció, empolvado de tanto esperar pero, ¿sabe, m' hija?, el olor, hummmm, no se me olvida, el olor del sombrero era de don Miguel, como si al momentico se lo hubiera quitado de la cabeza; lástima, era buen hombre, trabajador, pero, como dice el dicho, «lo bueno no dura», y él no duró lo que tenía que durar; se fue joven, aunque por arriba dicen que dizque la Madremonte se lo llevó.

Yo lo vi la mañana en que se perdió: salió con su machete y ruana al hombro, me saludó y lo sentí como raro, su voz estaba mermada y parecía fatigado; quién sabe, algo había en su voz y, ya ve, fue la última vez que hablamos, porque ya no regresó; eran las seis de la tarde y nada que aparecía, la mujer y los hijos estaban llorando toditos de la angustia y ya todo El Cujacal estaba alborotado, buscándolo en el monte, donde dizque había salido a cortar la leña; todos los hombres que conocíamos el monte salimos a buscarlo y anduvimos toda la noche entre zanjas y matorrales, alumbrando con lámparas de petróleo, con hogueras que armamos, pero nada, no apareció.

Y es que recorrimos tanto camino monte adentro que hasta en un sábado, que yo iba con el compadre, quedamos entundados; eso del entunde, yo lo escuché de misia Aurora; ella decía que era como si un espíritu lo envolviera y hiciera que uno se confunda y no pueda encontrar camino de regreso; por eso, si 'biera visto, hummm, al compadre ya se le salía el corazón, parecía que voltiamos y voltiamos por el mismo lugar; ¡pobre Miguel, así se ha de 'ber sentido!, pero a los dos nos salvó el humo; el humito es buena protección y, si uno lo fuma con fe, seguro que lo protege.

Diez días lo buscamos, no hallamos ni rastros de él, solo el sombrero; se perdió, era cierto que uno tarde o temprano termina cumpliendo su destino, pero el del Miguel fue que no supo por dónde andar.

Venía y se iba, se nos hacía tocarle la espalda; verlo caminar por el centro, se hacía alguien desconocido; yo, una vez que andaba por el centro, se me hizo verlo; corrí a alcanzarlo, cuando voltió a ver, era otro señor; yo le dije: “¡Qué pena!”, que se me había hecho parecido a un amigo, y el señor me dijo que parecía loco.

Otra vez, la hija andaba llore y llore por arriba por el monte, porque en la noche su papá había ido a hablarle; cuando abrió los ojos, nada, pero ella decía que sí: “Si yo todavía me acuerdo de la voz de mi papá; ¡cómo va a ser que esté imaginándome esas cosas!” Luego, se lo empezó a ver sucio; lo empezamos a ver siempre yéndose.

Al vecino que anduvo en el monte y se perdió en él empiezan a verlo y se vuelve inscripción de la partida para el que lo señala: el desaparecido que viene y se va, “siempre yéndose” es como se deja ver, pues ni su voz llega clara al oído; un “alguien” que se deja ver en la medida en que desaparece y se deja oír en la medida en que se convierte en murmullo.

Entre humo y cabellera, entre el tacto y el recuerdo. Mientras el abuelo, sentado en el filo del banco, sabe ponerse en el filo del tiempo y de la vida, en el filo de la palabra que dice y no dice, se da y, a la vez, se guarda, pues señala una distancia necesaria y medida que ahoga, como ahoga el humo de su cigarrillo.

La otra distancia, la de la abuela que se envuelve en niebla azabache y en su silencioso decir, aunque extraño o desconocido, a la vez se hace cercano. La extrañeza adentra en la geografía de lo abierto, pues el *allá* es el *aquí*, que señala la amplitud desde la memoria a la imagen. La lejanía es venida y llamado: en la excedencia de la abuela se encuentra su verdadero relato y desde este desgarró se escucha el susurro de lo apenas pronunciado.

“Escucha las palabras de tu corazón, —decía Reb Zilon—, que tu lengua está dispuesta a repetir; pero tienes que impedírselo si no quieres perder la vida; porque estamos condenados a no hablar más que con nosotros mismos.”

Y Reb Lates: “He descubierto la lengua y los labios de mi corazón y desde entonces ya no tengo boca.

Me crees silencioso cuando en realidad soy una colmena de palabras.”<sup>19</sup>

—¿Dónde está ella?

Has encontrado el silencio en la selva de sus ojos.

---

<sup>19</sup> Edmond Jabès. *El libro de las preguntas*. Madrid: Siruela, 1990, p. 171.

Ella lleva un nido que guarece las palabras más dulces de la creación. La luz de este día se revienta en su piel trigueña y gastada. Sentada y con el cabello suelto con olor a tierra húmeda, ella manifiesta la callada reserva que tuvo en su voz y luce en la caricia del silencio las prendas ínfimas de su recuerdo.

Detrás de la niebla, mujer de tacto y escucha que cubre su rostro con su cabello como cubre con el silencio su palabra.

Ella, que se guarda para albergar la casa desde su cuarto, que es refugio, morada y ventana para encender una vela e iluminar las distancias desde ahí; si las paredes están oscuras, sus labios arden en nombres.

En casa el tiempo descansa y la experiencia de afuera recupera intimidad en la voz de la mujer; entonces, el tiempo vivido fuera de casa regresa como espacio latiente que reúne el ser y su estar.

Es el tiempo de oír la pregunta en la herida, de sentir la caricia de su mirada como rayo que fecunda el fruto. La urgencia de oír la palabra de ella, de ellas; es decir, mi palabra.

Que hable ella y diga lo que las paredes de su casa han retenido entre la pintura desgastada por tanto tiempo; que su palabra sea un verbo nuevo y cálido capaz de encontrarse en la herida abierta y el grito:

Estaba la pájara pinta  
sentada en un verde limón.  
Con el pico cortaba la rama,  
con la rama cortaba la flor.  
Ay, ay, ay,  
cuándo vendrá mi amor...<sup>20</sup>

Yo lo siento como cuando se limpiaba sus manos mojadas en mi falda o corría hacia mí, asustado, y me apretaba las piernas contra su cuerpo; sí, yo lo siento, como cuando me sobaba la espalda en el baño con la piedra pómez y yo le decía que despacio, porque ya sentía un calorcito de sangre en la piel y él que no, porque había más mugre que sacar, que yo debía ser valiente y dejarlo hacer su trabajo —eso me decía. Yo lo siento como cuando él era pequeñito y lo dejaba solito y guardadito entre cobijas en mi cama mientras iba a dejarle el almuerzo al Segundo, y lo escuchaba desde lejos llorar y, entonces, mi seno derramaba mucha leche y así, toda mojada, debía regresar rápido a la casa, pues sabía que él estaba despierto y asustado.

Yo lo siento en la garganta como cuando le enseñaba sus primeras palabritas y el canto de la pájara pinta y su voz, dulce y delgadita, me decía mamá, pero, creciendo, sus palabras se hicieron amargas y frías; entonces, fue más difícil escucharlo. Sí, yo lo siento, me hizo un moretón en el brazo cuando se fue, pero no me dejó ni una sola palabra.

Mi hijo Alfredo siempre hizo derramar algo de mi carne: la leche, la sangre de mi espalda, el sudor, y hoy me hace derramar toda yo.

—Cuando supe lo que el Alfredo había hecho, sentí como una brasa recién sacada del fuego en mi vientre.

En el corazón se me hizo un agujero del dolor. ¿Por qué lo hizo?

---

<sup>20</sup> Tema musical: “La pájara pinta”, canción infantil popular.



Ese dolor nunca se me fue.

— ¿Dónde está ella?

Como la ceniza que cubrió el último rubor de la leña vuelta humo.

Como azorado su aliento, vuelta mantel y mesa, con olor a cebolla herida en la frente y tizne en la carne de sus dedos, agua y hervor, rastros de achote en las palmas de sus manos.

En la suma de los bocados y en la resta de los recursos

Ella permanece y surge la respuesta a la pregunta ¿dónde está ella?

Un leve inicio y el tiempo se asoma con rostro de arroz.

En la cocina, callada y no en silencio,

Sombra de los años; callada y no en silencio

La sopa en la olla se levanta como la palabra en el filo de la garganta hierve.

En la hora del almuerzo, todos hablan, todos laten:

— ¡Ah, solo maíz! Mejor comer afuera.

—Mamá, pero que sopa tan espesa.

—Mucho cilantro, poca sal, muy caliente.

Ella limpia el borde del plato con su delantal, sirve y aguarda el sudor para cuando esté sola. Extiende sus manos sobre la mesa, en el calor y en el agua, en el alimento y en el limpión en que se escurren las horas como perlas.

Ella atiende el hambre:

Para abrir sus manos, tiene unas manos llenas de amor.

Para cerrar sus labios, tiene unos labios mojados de amor.

Para ahogar sus palabras, tiene unas palabras amasadas de amor.

Para callar su alma, tiene un alma henchida de amor.

— ¿Dónde está ella?

En cada recoveco de su piel, en la cavidad de su garganta y de su vientre, en la cuenca de sus ojos y en el hueco de sus manos, ella es mi palabra y yo la suya: la de ella, la de ellas.

Como oro en paño, se guarda en su silencio;

Como oro en paño, la palabra quemada se añeja entre sus cenizas;

Como oro en paño, llega cada fibra de la voz antigua al oído y se hace el grito en la hora de oír lo insoportable; el paño con que se secaron la lluvia y la sal de estas palabras:

— ¡Cállese la boca!

— ¡Usted no sabe nada!

— ¡No sirve para nada!

— ¡Porquería!

—Aquí en la casa no hace nada.

—No ha sido capaz.

Me acuerdo que mi papá, cuando llegaba borracho llegaba a golpearla a mi mamá; nosotros, pequeñitos, teníamos que encerrarnos en el baño y a mi mamita la dejábamos solita ahí, teniendo que aguantárselo a mi papá.

Un día, yo ya me cansé de tanto maltrato y la encerré a mi mamá con nosotros y le dije a mi papa:

—Todos contra uno, y a mi mamá ya no la vuelve a pegar nunca más; usted tiene que empezar a respetarla. —Me acuerdo que mi papá estaba llorando de la rabia que una de sus hijas, y más mujer, lo haya desafiado, pero tocaba hacer algo, porque yo no me aguantaba después verle los bracitos y piernas moreteadas a mi pobre mamá; ella nunca decía nada, ni una queja, pero yo sabía que por dentro llevaba su calvario.

Hoy recogí un resto de ternuras  
que en soplo deshojó tu boca;

oí nombrar la ausencia  
hacer grieta en la pared;

encontré una voz mutilada  
desear asilo en mi garganta.

Sentí los pasos de un instante asustado,  
conté los silencios que caben en una palabra  
recordé las palabras de ayer, que nunca dije.

Difícil la distancia:  
la de las cosas,  
la de la boca en el oído,  
la de la piel en el papel,  
la de las palabras.

Como oro en paño, los alimentos recién sacados del fuego se guardan en los manteles blancos y limpios. Como con la mano, se desnuda.

Los paños sirven para guardar el calor de la comida, la sazón, así como se envuelve la masa de las arepas para que suavice. Las sopas bien calientitas acaban de completar su sabor con el paño; es que el paño es importante a la hora de sacar las ollas del fogón; toca servir la comida caliente y bien fresquita.

Agua del costado de Cristo, lávame.

Pasión de Cristo, confórtame.

¡Oh, mi buen Jesús!, óyeme.

Dentro de tus llagas escóndeme...

Me acuerdo como si fuera ayer, el Alfredo bajaba a comer, con unas ropas bien sucias; ya llevaba días allá arriba durmiendo entre bultos de maíz y polvo; comía con afán, porque decía que no quería meterme en problemas con el papá; ¿no ve que estaba prohibido darle comida?, pero yo era su mamá y, así tuviera que aguantarme los regaños de mi esposo, no iba a dejar que pasara hambre. Yo le guardaba la comida en unas telas bien gruesas y, cuando todos se dormían, le pasaba a escondidas.

Dormía en el soberado y tenía que golpearle con un palo el techo para que se asome a recibir la comida.

A veces parecía que la casa se iba a caer encima de mí.

Ella ha dedicado su vida a las palabras, como el sol a la luz, y un duro silencio se agota en cada lugar de su piel.

Ella escucha los latigazos de voz en su oído y quien la oye no sabe escucharla pues ni siquiera la mira.

El alba de su delicadeza se rompe con aquellas voces duras e incomprensibles que son incapaces de retener la prudencia en el decir. Lo que ella dice es lo que ella no escucha. Más allá del cuerpo, la cicatriz es esta memoria de palabras duras y violentas, de gestos acompañados de indiferencia. Ya sea en la cocina, en un rincón de la casa o debajo de las mantas, ella es el silencio y el balbuceo enfrentado al grito; hay una garganta atravesada por la espada del lenguaje y una sed más profunda que la del agua.

— ¡Déjenme latir!, —diría ella.

— ¡Déjenme latir!, —diría yo; su palabra recuerda los trazos perdidos a que hay lugar en esta escritura. En este punto, esta palabra y esta memoria son una petición que surge de lo que se calla y se debe decir, pues deviene en el habla.

Todo me cabe en este instante:  
la arruga en su frente,  
signo del tiempo en la piel;  
un luto en su sonrisa,  
las carcajadas de las novias viudas  
que aún recogen los granos de arroz  
a las afueras de los templos.

Todo me cabe en este instante:  
un botón del traje de la sombra.  
Como el tiempo:  
cae debajo de la mesa  
una migaja de pan.

La abuela habla desde el rincón de la casa o desde su habitación cálida y un poco oscura, pues pocas veces habla en la mesa, el lugar central de la casa. En la cocina, ella calla y sirve; en su habitación, ella dice.

Desde el lecho por la mañana soñando despierto,  
A través de las horas del día, oro o niebla.  
**Aurelio Arturo**<sup>21</sup>

— ¿Dónde está ella? ¿Dónde?

Hacia otro lugar, peregrina del tiempo, custodia su corazón y lo derrama sobre el silencio, hacia...

Sigue en su andar y lleva en su mirada las letras perdidas de la memoria.

En pena, da pasos dulces sobre sus ruinas, camina hacia pozos profundos.

La que camina, la que lleva, la que recuerda, la extraña, la conocida por los demás, por nadie, como el silencio de las primeras horas del día, entre la calidez, la soledad y el amor, lo que se calla y se dice, lo que nace y lo que muere; el camino es la llegada a una puerta que se abre; sus pasos limpios y rápidos dentro de la casa y su distancia, su gesto simple de tocar con bondad de flor esta escritura.

Donde ella; en la sombra y en el rincón puede sentirse el descanso como el retorno a la luz frágil de la palabra, donde la pena y la alegría son pliegues de un paño guardado en el armario.

— ¿Dónde está ella?

---

<sup>21</sup> Aurelio Arturo. *Obra poética completa*. Madrid: Fondo de cultura económica, 2003, p. 204.

Desde los primeros días de mayo, María Auxiliadora salía de la capilla, subía hasta Villa Julia y bajaba hasta El Cujacal Bajo; por eso tocaba arreglar el camino, colgar festones, poner arcos de flores; a mí me gustaba más hacerle arcos con pura rosa silvestre.

Las procesiones con ella eran largas y las mujeres eran las que más la cargaban; decían que con ellas se hacía más livianita; como es mujercita, igual a ellas les ayudaba más. A ella le gusta que le canten y que anden despacito no más. Las familias que la recibían tenían gran favor de ella; ella los guardaba más.

En la casa, cuando llegaba ella, se rezaba, se cantaba y se hacía música; es que a ella le gusta que le den música. En las vísperas, los hombres arreglaban la capilla, el altar y miraban lo del castillo, la vaca loca, todo eso, y las mujeres se encargaban de hacer cosas para vender: empanadas, frito, choclos, chicha, lo que da la tierra; también, solo ellas se encargaban de ponerle los vestidos, los aretes; la halagaban mucho y la ponían bien donosa.

Esa Virgencita es como si tuviera vida; es solo verle los cacheticos, rojos que se le ponen cuando sale, como si ella hubiera caminado; ella tiene colorcito en su carita, por eso es que parece que estuviera viva.



**Figura 2. Suave espera**

María Auxiliadora comparte la esencia terrenal de estas mujeres que la embellecen cuando su imagen se vuelve cuerpo, que también es vestido, cuidado y adornado.

Ella, mujer caminante que deja huellas sobre los caminos de piedra y de agua, de cebolla y maíz, caminos de peones y de mujeres barrenderas, mujeres como Mercedes, la señora que baja el mote; las lecheras, las tres hermanas que desde muy temprano entregan leche por el barrio; también las jabonadoras de brazos fuertes y firmes, las empleadas de servicio que trabajan en el centro y bajan a horas tempranas y que, como la abuela, tienen gran devoción en ella y también participaban de sus arreglos en las fiestas.

María Auxiliadora guarda, cuida y alberga el lugar donde ella llega; en su imagen peregrina y femenina que llega a la casa y permite el compartir y el agradecimiento está la memoria de la hospitalidad de la casa y de la palabra que en ella se da.

En el adentro, como vivencia de intimidad y recogimiento, se permite la llegada del otro, pues, a la vez que se permite habitar en el adentro, se exige desplazarse fuera de la casa; sin ello no habría el sentido del habitar en casa.

La puerta de la casa se abre, pues ha estado cerrada. La abuela es quien permanece más tiempo en la casa y de ella depende el alimento y el cuidado, pero también el alojamiento de quien viene de afuera; permite la experiencia del afuera, cuando la casa se ofrece desde el adentro y no salva tanto de la exterioridad, sino, más bien, del agotamiento que puede provocar el afuera.

#### LA PARÁBOLA DEL FUEGO

“¿Cuál era, di, la indefinible espera,  
de esa noche de invierno tan sombría.  
al fuego del hogar, mientras afuera,  
árboles y borrasca combatían?

¿Cuál la espera sin fin, en hora ciega,  
junto al fuego del llar?  
Un golpe humano  
sonó y franqueando la pesada puerta,  
un ser extraño penetró temblando.

Sentóse sin hablar... ¿Un ser, un hombre  
perseguido a través de los caminos?  
¿Manchado por el lodo de los charcos?  
¿Quién así tan deshecho, tan sombrío?

Junto al hogar donde las llamas cantan,  
Ven —le dije—, tu cuerpo está aterido,  
te daré trajes nuevos, paños suaves,  
un rico manto cubrirá tus hombros...  
Dijo mi huésped: —no, ¡me basta el fuego!

Mi mesa está dispuesta, los manjares  
más exquisitos, vinos más valiosos  
que perlas y diamantes luminosos...  
Dijo mi huésped: —no, ¡me basta el fuego!

Ven entonces, mis libros más que joyas  
preciosos entre mil, cuadros divinos  
donde la carne sufre y sangra y fulge...  
Dijo mi huésped: —no, ¡me basta el fuego!

Mora aquí entonces, tengo tierras  
anchas cual reinos de frescura, fértiles  
valles de abundancia, y mis mansiones  
son altas y soberbias, serán tuyas...  
Dijo mi huésped: —no, ¡me basta el fuego!

Posa aquí, las mujeres de este hermoso  
país, son bellas como rosas, tienen  
la frescura del aire en mayo, cuando  
fluye un río de aromas en la atmósfera...  
Dijo mi huésped: —no, ¡me basta el fuego!

Demora, aquí, mis arcas están llenas  
de oro, de joyas, de tesoros, todo  
será tuyo. Seré tu hermano. Todo  
cuanto tengo, mis tierras, mis caballos...  
Dijo mi huésped: —no, ¡me basta el fuego!

Y entonces entre el llar, entre las llamas  
que se alzaron más alto y crepitaron,  
desapareció ni huésped, repitiendo,  
su extraño ritmo: —no, ¡me basta el fuego!”<sup>22</sup>

Siempre cerca del fuego en las labores cotidianas; en la preparación de los alimentos se prepara la calidez de la casa y la hospitalidad que ella ofrece, para recibir, para abrir la puerta y cerrarla.

En el transcurso del día y casi en la misma soledad de las primeras horas, la abuela era más que una sola persona: era la promesa cumplida de las páginas de la juventud, la prolongación constante de la compañía y cercanía de los seres que se acompañan, los parientes que llegan y se marchan, pero se quedan. Su presencia alrededor de la hornilla era quieta y serena, con un gesto de tranquilidad; de vez en cuando, su cuerpo se movía al compás de las llamas que el fuego reflejaba en la pared y, de vez en cuando, soltaba un suspiro callado, como para adentro.

Desde hacía años sobrellevaba una insuficiencia cardíaca que venía atravesando cada fibra de su cuerpo, pues el ahogo en cada trance de respiro y el latido que se va y no se repite la consumían en la soledad que velaba desde el fuego, por lo que no abandonó viejas costumbres como la de prender leña todos los días, ya que consideraba esencial que su cocina tuviese el abrigo especial del fuego, como forma de reunir y conservar el calor de la casa, de los alimentos y de los objetos.

---

<sup>22</sup> Arturo, *Op. cit.*, p. 226.



Es la tarde del día en que sigue presente el fuego; lo que se prendió en la mañana no se ha apagado:

Con el fuego la comida siempre está calentita; además de los cuyes, la cocina siempre debe estar caliente, no debe faltar el calor ahí; así se come con gusto, en familia.

“Desde que descubrió —pero lo descubrió realmente con espanto— que iba a morir un día, desde entonces no tuvo más miedo a la vida, y a causa de la muerte, tenía derechos totales: lo arriesgaba todo”  
**Clarice Lispector**<sup>23</sup>

La abuela avivaba el calor de los alimentos y de la casa y así parecía que caminara para dentro con cada movimiento de su pecho; su corazón latía más fuerte que el del abuelo y cada latido hablaba a tantas voces que parecía que se le iba a salir de ahí; ese corazón reclamaba a los demás, pues hacía de cada día un llamado a la vida.

Para la abuela, cada momento de vida debía vivirse como una callada despedida, como quien se despide de a pocos; de ahí que, al asumir su finitud, es decir, anticiparla y esperarla, hizo de su propia su muerte la plena posibilidad presente y latente y no solo un mero fin de su vida o, como lo plantea Heidegger, sabía que “desde que el hombre vive es suficientemente viejo para la muerte”.<sup>24</sup>

Hay días en que me siento cansada, viene un dolorcito en el pecho y así me empieza a doler todo; no es que esté cansada de la vida, lo que me cansa es el dolor que llega de a poquitos, así como cuando camino y me fatigo y, entonces, tengo que aminorar el paso; ahí mido mis pasos con los pasos de los demás y veo que cada día voy más lenta; así es la fatiga, poco a poco se va quedando, yo me voy quedando y, entonces, ¿qué será de hacer? Solo vivir y esperar.

La abuela aprendía y enseñaba de la vida como una larga espera siempre renovada; así, como la paciencia en el dolor y en la incertidumbre y la urgencia de vivir cada día más allá de sus horas, minutos y segundos, pues cada momento es único y cada pulsar de la vida es nuevo: es acontecimiento. Esta enseñanza de la enfermedad y del reconocimiento de la propia finitud más que imposibilitar la vida la vuelve plena, pues hace de la existencia lo no-acabado, hace de ella camino abierto.

El reposo del aire soplaba como un corte de tiempo que abría en su pecho la lenta desnudez de la vida.

Sin embargo, el reconocimiento de la cercanía de la muerte generó un sentimiento de angustia, que no fue debilidad, sino un recibir y dejarse habitar por el dolor y la extrañeza en el silencio y la fatiga de estar a la intemperie en este mundo, de estar en este mundo para morir en él.

---

<sup>23</sup> Clarice Lispector. *La hora de la estrella*. Rio de Janeiro: El espejo de tinta, 1980, p. 57.

<sup>24</sup> Martin Heidegger. Construir, habitar, pensar [en línea].

No se reconoce el sufrir,  
No se aprende el amor,  
Ni se devela lo que en la muerte se aloja.<sup>25</sup>

Esa enfermedad siempre estuvo llegando como la llama al dedo, a ella y a su familia; así, con tal sorpresa y cautela que casi no hubo tiempo para acostumbrarse y lidiar totalmente con esa condición.

El paso de un hombre que se marcha es el alma de la conversación que se mantenía.<sup>26</sup>

En la noche, cuando ella era la última en cerrar la puerta de la cocina, el fuego se apagaba y el frío apenas llegado era más mudez que silencio: la historia del día terminaba con el último rescoldo.

El fuego se apaga y quedan las cenizas y desde ellas todo recomienza; esta historia, que inició con un nombre, termina, también, con otro, el suyo:

Rosa Elena Muñoz Polo: murió el sábado 27 de noviembre de 2004.

Para beber la tinta de tus heridas  
he de buscar blancura de plata  
en aguas pacientes de escasa fuerza  
Prenda mía, infancia del día

Para secar mis cansancios  
he de encontrar el tono humilde de la sal,  
con la tibieza anterior de tu mirada.  
Prenda mía, rostro del oro

Bendice mi grito  
Alhaja mía,  
riega la tierra de mis sembrados  
y haz niebla en mi dolor  
con un trozo de tu paño

Pues ya el rubor del cielo se hizo ceniza,  
el aire desgajó las ramas del silencio,  
e hizo mortaja sobre tu frente  
el paño ajado de tus días.

---

<sup>25</sup> Rainer Maria Rilke. *Elegías de Duino. Los sonetos a Orfeo*. Madrid: Cátedra, 1990, p. 35.

<sup>26</sup> Benjamin, *Op. cit.*, p. 64.

### 3. ¡DÉJENME LATIR!

“Una vez un maestro Zen se plantó ante sus discípulos, a punto de pronunciar un sermón. Y en el momento en que abría la boca, cantó un pájaro. Entonces dijo: “El sermón ha sido pronunciado”.

**Joseph Campbell**

Toco la puerta de entrada.

En el gesto inmediato del relato está la llegada a un diálogo de la ausencia con el olvido.

Su nombre: Segundo Salomón Venegas Merchancano, tercer hijo de Salomón Venegas y Tránsito Merchancano, moradores antiguos del barrio Cujacal, hermano de Maruja, Luis Antonio, José Elías y Mercedes, esposo de Rosa Elena Muñoz Polo y padre de José Alfredo, Oscar Marino, Rosa Paulina, Segundo Alirio, Ruth del Pilar, María Clemencia, Lida del Rosario y Diego Fernando, abuelo de William Alfredo, Carlos Andrés, Claudia María, Giovanni Fernando, Oscar Julián, Yesica Paola, Diana Estefanía, Daisy Constanza, Marcela, Johan Alejandro, Rony Dayan, José Ferney, Edwin Alexander, Chelman Duvan, Juliana Lisbeth, Lina María, Cristian Camilo, Erick Bladimir, Nayibe Gabriela, Adamaris Ihanela, Nazly Tatiana y Dulce María, bisabuelo de Juan Pablo, Roger Andrés, Dayana Salomé, Samuel, Deivy Alexander, Johan Alejandro, Dana Isabella, Sara Guisell y Helen.

Al decir su nombre y el de sus familiares, se reconoce un rostro marcado por otros rostros, gestos y palabras. Los pliegues de su piel son morada de presencia de quienes estuvieron antes y después de él, quienes le precedieron y le acompañaron; de ahí que se pudiera entender que, más que informar, la función de su relato es la de evocar presencia y existencia.

¿Desde dónde empezó a recordar? Los pasos andados y vueltos a andar, ese es el hilo que se entrevé en el decir sencillo de las cosas. Por lo tanto, es necesario el trabajo de escuchar y reconocer una memoria que si bien es la de algunas personas, puede ser la de muchos, la de otros, la propia. En ello ha venido una voz familiar, siempre presente y ausente, ajena a la vez, pues antigua; la voz que acompaña desde el momento antes de la primera escucha, desde el momento antes de la primera palabra; entonces, se recuerdan aquellas palabras puestas en boca del asombro, aquellas voces que han llegado al oído desde un tiempo de niñez:

Mi papá tenía amigos en la ciudad y lo invitaban a Chachagüí a cazar venados; íbamos los domingos; antes ese camino era de barro y por eso íbamos a pedir los caballos en la Escuela Número Uno, donde don Miguel Antonio. Llevábamos tres o cuatro perros, los soltaba y en un ratico comenzaban a latir.

Una vez, subíamos por esa cuesta, soltamos los perros y el venado había estado cerquita y comenzaron a latir y mi papá, como tenía la carabina y los cañones, mi papá vio que el venado

paraba las orejas y le dio un balazo en toda la cabeza, hasta que cayó al suelo; luego, la costumbre de los cazadores era hacer pitidos: cinco pitidos era muerte de venado, tres era el lugar donde los perros encontraban al venado. Quien lo mataba tenía derecho al cuero y a una pierna y el resto para los demás cazadores; mi papá, en la estancia, tenía como cinco cueros. Yo recuerdo que, de niño, tenía una perrita, puchita, negra, de la que ya no recuerdo su nombre. Todos los días nos acompañaba a rodear el ganado; se entraba a la quebrada, cuando, de repente, latía; era el conejo que sacaba; casi todos los días llevábamos conejos donde mi mamá, para que los pele o los ase, donde el finado Guillermo Erazo, de la quebrada del Sena. Otros días, que iba al monte con mi papá, llevaba la manguera para sacar la leche donde la finada María Teresa; es que nosotros no teníamos lugar para jugar, porque mi papá nos hacía andar correcto; trabajamos hombro a hombro con él. Fui a la escuela dos años; de ahí, mi papá dijo que yo le hacía falta para trabajar.

### 3.1 SÍGAME, PERO A MI LADO

—Esta casa es un infierno, desde que mi mujer no está aquí, —dice el abuelo.

En la silla esquinera de la cocina, el abuelo habla, fuma y mira hacia “aquello a lo que se puede volver la vista”; dice un trozo de recuerdos que, antes de ser palabra, fueron humo de rostros idos y por venir. En el aire se obra la caricia entre la escucha y la asfixia: palabra atragantada y que atraganta; oigo su voz desde mi garganta como un lazo que aprieta el tallo del silencio y reconozco la dificultad de reconocer el peso de los ausentes, puesto que son densos y no pesados; en su densidad está su peso, un peso conforme al humo del cigarrillo; menos que un hilo de humo pesa esta memoria que atraviesa el cuerpo, pero un recuerdo más podría hacer estallar cada hueso.

Palabras difíciles y guardadas; palabras arrugadas y palabras calladas: palabras atragantadas, que se pronuncian como arrastradas y enredadas por el aire; así, pues, esta habla es la angustia de la pronunciación en la espera que pide, como único gesto, la escucha que de antemano compromete con una experiencia anterior y venidera. El acaecimiento de esta experiencia provoca el trauma en la palabra; de ahí el atragantamiento de la palabra en la voz, pues, aunque el relato sigue la palabra, lo paraliza en el *entre* de todo diálogo.

Con el tiempo que juguetea entre sus canas, en una mezcla sutil de la boca con el café sorbido de la taza, se hace un paréntesis entre la palabra y el recuerdo. No hay impaciencia para prestarse a la hora tardía del recuerdo, quizás porque todo se ha esperado y todo se ha dicho, se está diciendo.

En una conversación fluye el humo tibio de las palabras de él, de los otros. El abuelo se deforma mientras habla y dice, ahí está su desnudez y su pérdida. Debido a la niebla en que penetra, pierde poco a poco su cuerpo y, a la fina y débil luz del cigarrillo, se borra cada rasgo de su rostro; abuelo deforme, pues por su palabra no solo es a él al que se escucha y ve; él es todos los rostros y todos los gestos: toda la transparencia.

Esa transparencia quiebra el borde fino de la palabra e inaugura la realidad del verbo sobre la realidad. Deforme similar a la del texto que se escribe con memoria y olvido; la piel de esta palabra termina en el filo de su rostro, que se quiebra.

Cuando el abuelo habla deja que las cosas vengan, lo no-visto se revela ante quien escucha, ante quien deja venir lo extraño y lejano y se instala en el lugar de la pregunta. Él habla y la respiración con dificultad acompaña y se pone al lado de quien escucha, a la vez que se acerca en alejamiento, de ahí que sea difícil entender lo que se escucha y comprender lo que en verdad habita en su palabra, pues en su voz, tan llena de vida, se delata el cansancio en el doblar de los años. Escuchar al abuelo es tener una actitud de obligarse, pues su palabra siempre viene como peso y responsabilidad que acaece y duele para enderezar la disposición de prestarse al otro en escucha.

En el relato cotidiano discurre el cambio intempestivo de una forma apropiada de estar con el otro y de escuchar lo insoportable y difícil; lo ronco en la voz del abuelo no es gratuito, pues soporta un quiebre en el tiempo desde su carne; la respiración va más allá del cuerpo y más allá del aire.

El abuelo dispone que quien está a su lado ha de respirar el humo de su cigarrillo; entonces, en la incomodidad del ambiente puede percibirse que este humo es muy particular, pues se alza en un fragmento de imágenes, de pequeños restos de experiencias vividas y de rostros conocidos, que se desvanecen conforme el humo se disuelve. El espacio se quiebra en los objetos que se expresan y se hacen lenguaje al tacto respecto a ellos.

El humo afirma el velo de la memoria y le da carne a la voz de los que se han ido, los otros, los que ya han muerto, lo que ha sido en un antes y un después. Quien habla es la partida y la llegada, la vida con sus idas y vueltas; se relatan las auroras y los crepúsculos muertos, los colores envejecidos del tiempo; habla lo que permanece detrás y delante; habla lo que busca consuelo y dulzura de ser nombrado.

La palabra familiar se hace difícil, pero no extraña; difiere de la simpleza de sentir para doblar y amparar bajo su reino; lanza una mirada lenta, que no juzga pero que cuestiona; este cuestionamiento, que viene del otro y que sale de uno mismo, pone sobre el tapete de los días lo que se hace y deja de hacer; el abuelo cuestiona con la vigilia y el descanso discreto de sus palabras y, de esta manera, re-prende para volver a prender la llama, la fuerza y el sentido de cada acto y de cada palabra. De ahí que, para Heidegger, la palabra fuese aquello que le otorga ser a la cosa y que propicia un aparecer, una venida al mundo, en la que algo se le otorga a quien escucha, a quien presta su oído para escuchar.

En la reserva de la fisura, que es la memoria, mana el instante engastado y torna fecunda toda posible escucha que ondula en el temblor de lo antiguo. En la escucha de lo antiguo, el relato sabe detenerse a tiempo y la palabra se despliega en la mesa y se detiene el oído en

desierto; entonces, el silencio se esparce en la palabra como el óleo sobre el lienzo y los recuerdos se expanden sobre un detalle siempre nuevo, como la mirada sobre la tela.

Si no se escucha, no se atiende a ese llamado antiguo y siempre nuevo.

Ser antiguo significa detenerse a tiempo, allí donde la idea única del pensamiento ha encontrado su lugar y allí se ha albergado.<sup>27</sup>

Escuchar la palabra deforme como mirar el rostro que ahoga con su humo pesado las espaldas descubiertas de sus menores; hablar y escuchar y, tal vez, más escuchar, pues se es menor en la medida en que se reconoce a su mayor; es decir, en la medida en que se escucha.

La enseñanza paciente, donde el oído se curva ante la antigua voz y presiente una vieja forma de respirar, es una entrega medida, pues a quien escucha se le revelan mínimos detalles y voces incomprensibles, palabras a medio decir que, en un comienzo, nada le dicen y todo le otorga y lo interroga; entonces, vuelto de espaldas es como, en un comienzo, le enseñan, pues aunque se muestre en el rostro, sus espaldas curvadas son las que permiten intuir sus pasos, aquellos que recorrió un tiempo atrás y que hoy vuelve a recorrer a través de la palabra, que es camino para buscar más que para llegar.

### **3.2 EL CARGUERO**

Por tu pesada cruz...

Por tu pesada cruz...

Es la hora en que los santos salen de los templos y recorren las calles de la ciudad. El sendero a recorrer es un calvario nuevo y el cielo oscurecido arroja luz de espiga sobre los rostros de la santidad.

—Segundo, el señor ya no tiene vuelta; máximo dura hasta las diez u once de la noche, máximo.

Por tu pesada cruz...

Por tu pesada cruz...

—Usted, que puede alzar bien la vista, diga por dónde es que vamos.

—Por el Teatro Imperial.

---

<sup>27</sup> Martin Heidegger. *Desde la experiencia del pensar*. Madrid: Abada, 2007, p. 23.

Por tu pesada cruz...

Por tu pesada cruz...

“Señor de las siete caídas, Señor de la columna, Señor de la bofetada, Señor del concilio, Señor de la Buena esperanza, Señor de la sentencia, Señor de los despojos, Señor del descendimiento.”

Por tu pesada cruz...

Por tu pesada cruz...

Los santos, en el Viernes Santo, cruzan las calles a puerta cerrada. Es el tiempo más quieto, pues la oración vela en las calles y comparte un silencio de piedra con quienes están afuera; es la noche más callada de todas las noches, con alma de soledad y semilla de luz en el cielo.

—Compadre, pida relevo y vayamos a arreglar lo del entierro; su papa murió.

“Santo señor del Concilio, rostro bendito de la agonía, Señor del puro dolor, Señor de la cruz a cuestras, de las manos fuertes, de los pies firmes, de la mirada consoladora.

Señor, que recto estás en tu dolor, que pones suave tu mirada en la agonía, que haces frescas tus palabras en el silencio. Señor, busco en el camino el descanso de mis penas, en esta noche de mujeres con velos sobre sus cabezas y hombres con paños sobre sus pechos.”

La procesión de los vivos ha terminado, ahora inicia el paso de los del otro lado.

Por tu pesada cruz...

Por tu pesada cruz...

Mientras los rastros del aire de esa hora tienen olor a sahumero, los dos hombres sudan gotas de cansancio y penas de sal. Segundo y su hermano José cruzan las calles de la ciudad en busca de un último descanso para el cuerpo de su padre.

—Hermano, no tenemos ni un centavo para el ataúd.

—Por la iglesia de San Andrés tengo un conocido que vende ataúdes; él nos puede hacer el favor.

“Señor de la bofetada, de la lozana mejilla donde manos duras lanzaron fríos golpes, Señor de la piel suave y fresca, lienzo humilde de la creación.”

Solos y con un ataúd a cuestras, dos hombres recorren las calles de la ciudad; en medio de la soledad y el silencio un encuentro:

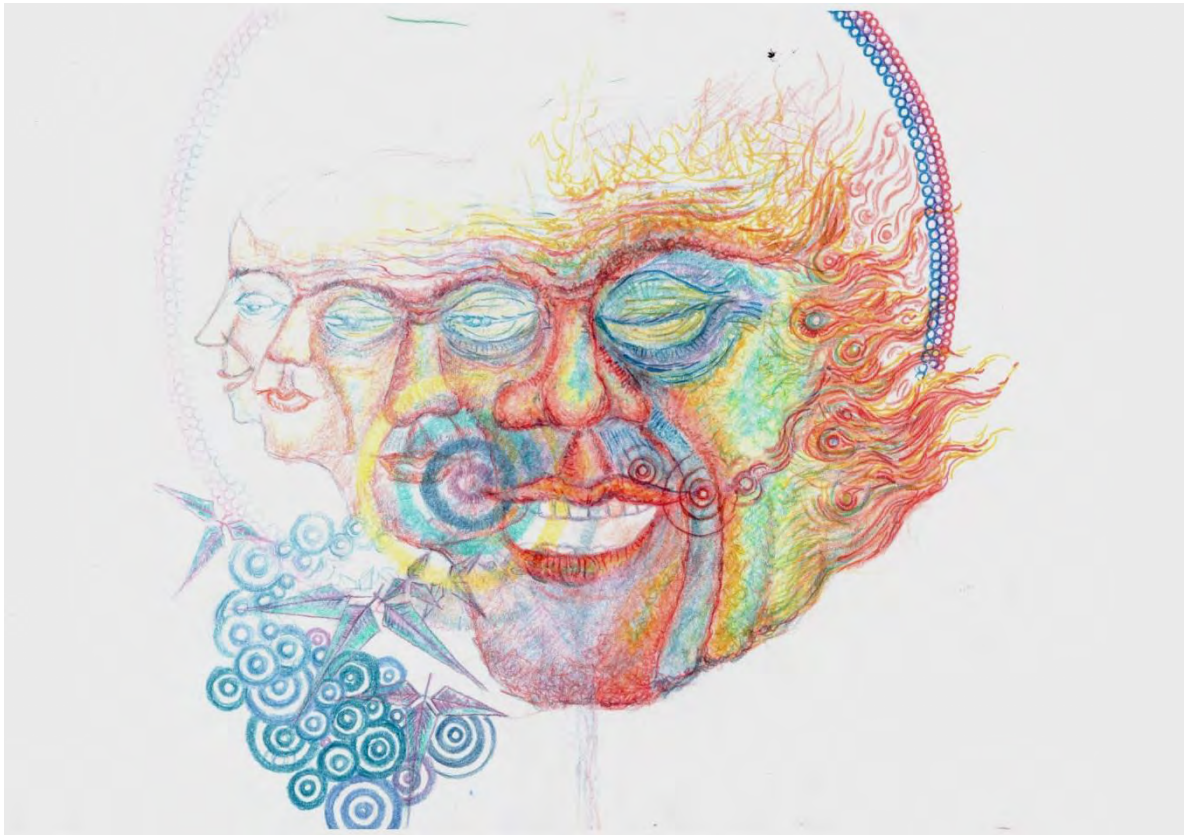
—Y ustedes, señores, ¿qué hacen? ¿Cómo es que andan por las calles con eso y a estas horas? —les preguntan unos policías de turno.

—Una requisa, por favor; abran el ataúd.

En noche se abrió mi pecho  
y un largo frío que cayó en mi piel  
astilló sonrisas,  
hizo murmullo de trueno  
y demacró el brillo de las estrellas.

Entre calles de angustias mudas,  
muecas hacen rostro de agonía.  
Y, en el pozo seco de mi cuerpo,  
para poner la mano  
el dedo en la llaga:  
puse jaula a la noche  
con mi sombrero.





**Figura 3. Rostros en el tiempo**

“Habla de lo que sabes. Habla de lo que vibra en tu médula y hace sombras y luces en tu mirada, habla del dolor incesante de tus huesos, habla del vértigo, habla de tu respiración, de tu desolación, de tu traición. Es tan oscuro, tan en silencio el proceso a que me obligo. Oh, habla del silencio.”

**Alejandra Pizarnik**

### 3.3 EN EL SOBERADO

La misma luz que calentaba la comida abrigó su cuerpo, mas no su alma; ésa permaneció siempre helada.

—Allá durmió; allá se iba, no más pa' que no lo regañen; mi mujer pensaba que no me daba cuenta. Me decía Segundo:

—¡Pobrecito!, ¿dónde estará? —Eso me decía, pero solo para disimular, porque yo sí había visto que se escondía allá arriba, pero me hacía el pendejo, no más.

Ahorita me acuerdo que una noche cocinamos unas arracachas con la mujer; yo estaba en la hornilla aventando y hacía que todo el humo se fuera p' allá, donde el Alfredo; quería ver ¿qué hacía?; que se bajara de no poder resistir tanto humo o tanta hambre, porque hacía días que no comía, pero el vergajo no se bajó; tosía y tosía y sentía que se revolcaba de la asfixia, pero no bajó y se aguantó.

Para qué, pero siempre fue valiente y necio; por eso mismo se mató; el amor por esa vieja se le metió entre las venas, como un veneno. Mi mujer sí sufrió bastante con eso, pero el Alfredo ya no era de este mundo desde que se fue a vivir con esa vieja; yo le dije, y hasta sus buenas palizas le metí, pero ya estaba metido hasta la nuca.

Me acuerdo como si fuera ayer; desde que los vi agarrados de las manos, yo empecé a odiarlos a los dos: a él, porque no me hizo caso cuando le dije que la dejara, que ella le iba a chupar la vida, que él estaba donoso para que anduviera atrás de los refajos de esa vieja; a la vieja, porque lo mató, ella lo mató; no puso el veneno en su boca, pero lo volvió sordo; fue como si esa vieja lo hubiera poseído y mis golpes no fueron nada para lo que ella le hizo a mi hijo; ¡tantas esperanzas que tuve en él! Yo quería que trabajara con mis patrones; si hasta ya lo había recomendado, pero ¡qué va!, la vida es así, y una tarde lo encontraron muerto.

¡Ay, mi mujer sí que sufrió; cómo lloraba, pobrecita!

“Señor, escucha mi oración,  
¡permite que mi grito llegue a ti!  
No escondas de mí tu rostro  
cuando me encuentre angustiado;  
¡Dígnate escucharme!,  
respóndeme pronto cuando te llame,  
Pues mi vida se acaba como el humo,  
mis huesos arden como brasas,  
mi corazón esta decaído,  
como la hierba se marchita;  
¡ni aun deseos tengo de comer!  
La piel se me pega a los huesos  
de tanto gemir.”

**Salmo 102**

—Cállate, Alfredo; vos no sabes nada de las cosas. Ya vas a empezar otra vez con tus vainas; mejor no digas nada; ni una palabra más.

—M' hijito, cálese; no haga que su papá se enoje más, porque ¿quién se lo aguanta? Calladito ya, ya; no le diga nada; no rezongue, m' hijo; no sea grosero, no grite, no hable, no diga. Calladito.

No hable, no puede hablar, no debe hablar, cuidado con decir algo, cuidado con levantar la voz; cuidado con herir a alguien con sus palabras, cuidado con decir la verdad. No diga nada, no sea nada y, con ello, no sienta, no mire, no piense, que nadie escuche, que nadie sepa lo que siente.

Enciérrese, cálese, váyase donde nadie lo vea.

—No diga nada, tráguese sus palabras; usted no vio nada, usted no sabe nada; calladito.

—Pero, mamá, escuche lo que le digo: si mi papá...

—No, m' hijo; vea, usted no diga nada.

En el soberado se escondía, ahí comía y desde ese mismo lugar observaba cada uno de los rincones de la casa; en ese soberado oscuro y espacioso se resguardó de lo que no quiso escuchar; desde allí pudo recibir el abrigo del fuego de la cocina, pero también el frío de la mano y de la palabra de su padre; en el soberado, al lado de las cosas que más se querían, pero que poco se utilizaban, al lado de esas cosas durmió y se recogió en el silencio. Desde hacía mucho tiempo, Alfredo había empezado a asfixiarse; desde hacía días, llevaba apretada una cuerda en el cuello y venía muriendo desde hacía mucho tiempo; poco a poco empezó a dejar de hablar y un día ya no se acordó cómo era eso de decir lo que se piensa o se siente.

Por eso, el día que lo encontraron tirado entre unos costales de maíz capia, sus labios estaban morados y apretados, como si apretaran la última palabra que pudo y no quiso decir.

Decir la última palabra para morir.

La palabra que no se escuchó...

— No poder estar con ella ni poder hablarle. Las palabras que no digo son mi propio veneno. Mi vida se va cansando y cada día tragarse estas palabras es tragar clavos, los mismos clavos con los que luego se construirá mi tumba.

¡Dígnate escucharme!

Escucha, escucha al que ya se fue pero regresa, escucha la suave queja del sufriente.

Escucha el amor, el dolor, la alegría, las lágrimas que se han quedado en la garganta.

Escucha estas palabras angostas, como angosta es la casa, angostos los días y angosta la garganta.

¿Qué veneno apretó como soga su cuello? ¿Quién calló la palabra a decir?

Cuando lo hizo, puso una soga en sus manos y en sus pies, en sus oídos y en su boca, en sus ojos y en sus sueños, en su sonrisa y en sus caricias.

El veneno le alcanzó para apretar su palabra y su silencio, su grito y su declaración. En desierto pronunció su última palabra; desde entonces no volvió a hablar.

Jorge Alfredo Venegas Muñoz, el hijo y hermano, el tío y el padre, ahora tiene otra voz: la del nieto, que desafía al abuelo y al que le cuesta escuchar. Ahora, además, no hay quien escuche la palabra imposible que años atrás se dijo o se escuchó, no hay quien atienda la queja del que sufre.

La escritura es la única que puede sacar a la herida del silencio aun a riesgo de que expulse del curso del texto, para que en ella se desate nudo a nudo la piel de los recuerdos:

—Ya no quiero ver esas caras.

—Aquí nadie me quiere.

—Todos me miran mal.

—Prefiero llorarte muerto, que estar acabando mi vida por vos.

—Andáte de la casa.

—No tienes los pantalones para matarte.

—Ya me cansé de la oveja negra.

—Mañana viene como si nada hubiera hecho; como si nada hubiera dicho.

—Me acuerdo del finado Alfredo; así mismo era.

Es menester de la palabra ser caricia que se extiende en la herida.

Mirad que no oculto mis llagas,  
ni la honda aspereza de mis caminos.

Más cerca estoy del hambre que del pan,  
más cerca de la sed que de la fuente.

Mirad que no oculto mis llagas  
y el oro fino de la creación  
se derramó en mis manos  
para resucitar  
mi palabra sin golpe, insulto ni miedo.

Mirad que no oculto mis llagas,  
pues espero el dulce consuelo  
a éste mi silencio herido.

Mirad,  
No oculto la traición,  
la vergüenza y la carencia,  
estas palabras son sinceras  
y se alzarán en la tarde  
como ala que me devuelve a su reino.

### **3.4 ROBERTO**

El latigazo de San Francisco presagió el tiempo húmedo al que la gente tendría que acostumbrarse. Más allá de la lluvia la niebla y más allá de la niebla el camino que, como acto sagrado de todos los días, era preciso menguar.

Ávido de pureza melancólica, él esperaba trecientos sesenta y dos días para que uno solo de hace mucho tiempo atrás hiciera amarga morada en su memoria y lentamente asomó su figura hacia el umbral de aquel trecho que separa su vida de la otra.

Caminando con la fatiga de sus pensamientos y la espesura de su dolor, paso a paso, sus pies extremadamente temblorosos producían un saludo de ausencia en las luces titilantes que se elevaban a los lados de la carretera. Su cabeza apuntada hacia el suelo dibujó en su rostro una sombra de gestos mudos; sus manos quietas, guardadas en los bolsillos, y su espalda estrechamente curvada hacían en la imagen de aquel hombre una marioneta con solo piernas que mecánicamente se mueven la una tras de la otra y nada más.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco... treinta pasos. Cada paso contaba la caída de sus memorias y en sus ojos podían leerse sus andanzas y paradas.

Sus pies se detuvieron y, en ese instante quieto, abiertas las manos en posición de súplica detuvo su camino sorpresivamente y, con un movimiento sutil y casi imperceptible, dobló las rodillas y toda su existencia para postrarse ante una cruz de madera seca, abrazada por flores silvestres que florecían tímidamente de entre la maleza de una orilla, casi ocultas a la

vista de los demás. Agachado, con una mano en la cruz y la otra en su pecho, permaneció inmóvil y en silencio por un largo tiempo, hasta que un suspiro, que salió de la profundidad de sus entrañas, se hizo voz.

Los ojos cerrados y su boca medio abierta como un sepulcro de flores muertas decían una oración nunca antes pronunciada por el mundo de esa forma; era la oración y era la invocación del corazón donde él, el niño de mirada siempre nueva, rezaba la oración mañanera de protección:

—Padre nuestro que estás en el cielo...

—Roberto, m' hijo, rápido que se le hace tarde.

—Ya voy, mamita; la bendición.

—Que Dios lo bendiga.

Afanado, con la viveza que tiene un niño de su edad, Roberto cruzó el patio de su casa y se dirigió a la calle. Era un día especial para él y sus amigos; al contemplar lo incalculable de su espera, se sintió feliz porque estaba estrenando una ruana que su madre delicadamente le había tejido con el afecto caluroso de sus manos; una ruana suave y muy pesada, quizás para soportar el frío del tiempo que se le vendría encima. A esa hora, como lo habían acordado, se encontró con Marcos, aquel pequeño con doble inteligencia, que siempre que hablaba, su boca daba a luz el universo; Rufina, muñeca de cristal con los pies más debajo de la tierra y él, Roberto que, cuando sonreía, encarnaba el apetito de dios por el mundo; la inocencia de los hombres era un signo dibujado en sus ojos color miel.

Los tres amigos que, a pesar de su corta edad, habían construido un lazo profundo entre ellos, se miraron fijamente con un acierto sincero de complicidad y, sin decirse nada y sólo sentirse a través del tacto de sus manos, solo percibiendo cada línea dibujada en ellas, adivinaban el efecto secreto de cada paso; aun así y sabiendo el posible destino que con ellos se bifurcaría, caminaron en línea recta hacia abajo, solo concentrados en sentir el viento como una mano extendida de la vida y, al fin, llegaron donde querían llegar.

— ¿Roberto o Marcos? No, mejor que sea primero Rufina.

—Rufina, sí, ella, la niña, la más pequeña.

Callada, empujándose, dio un salto hasta donde estaba lo que días atrás habían seguido calladamente con sus ojos y pensamientos.

Cayó la primera gota, la segunda y, al fin, la lluvia llegó a la tierra y elevó un canto alto que parecía brotar del corazón del cielo y que repercutía sobre el juego jubiloso de los infantes. Todo estaba cumpliéndose en el diálogo mudo del destino. Rufina no miró a nadie, solo su

mano, la rama y, enroscada en ella, al mundo. Suspiró y lentamente subiendo el brazo izquierdo la tocó.

Lo que pasó después de todo esto proscribió cualquier intento de habla; es como un sueño a la deriva y nada más. No hubo gritos ni una sola muestra de dolor, solo el movimiento convulsivo y violento al que la electricidad, con toda su potencia, sometía el cuerpo de la niña. Rufina, tierna muñeca de cristal, convertida ahora en una flor negra y muda en aquel extravío que medía y ahondaba toda desolación, rasgó las paredes del mundo con su cuerpo que, atado a la sogá, se ahogaba y arrastraba por todo el caserío; dando vueltas, fue llevado hasta el frente de su casa, donde en ese preciso momento había salido su madre.

Al contemplar la inclemente escena, el cuerpo de la madre se aquietó, como una dura piedra amordazada por el silencio que miraba con dolor el remolino que se formaba ante ella y, espantada, reconocía de entre ese violento sacudimiento a su hija; todo su cuerpo sintió extremas fracciones de dolor y el mundo cayó con furia en sus ojos en los que, sin el menor movimiento, fueron lanzas y llagas que se enterraban en su misma carne.

Aquella madre muda, sin lengua y sin ningún sonido que poder articular, sintió su pecho tembloroso, como si estuviera a punto de reventar, y el dorado cuerpo, que antes había sido flor ardiente, se hacía nido helado de llagas y lamentos. En su maltrecho destino todo se rompía, era una madre sin hija y, por lo tanto, ahora no era nada; de su corazón, el mundo arrancaba bruscamente cada latido vital; ya no respiraba, pues agonizaba lentamente de pie; era tanto el horror de lo que sus ojos veían, que creyó que estaba teniendo una horrible pesadilla.

Al reponerse de lo que sus ojos veían y sentir todo y nada, corrió con angustia materna al hondo abrazo de Rufina para acogerla en lo más hondo de sus entrañas, como el día en que Rufina había nacido y sus corazones latían con un mismo ritmo y la apretó contra sí, dejándose llevar por la ola envolvente de polvo y piedras.

En el camino las danzaron el polvo y las piedras y, al final, las llevaron y lanzaron a un hueco hondo recién cavado, en la oscuridad de un hueco recién hecho quedaron los cuerpos de madre e hija. Solo una cruz de madera hizo de altar y tumba en ese lugar. Solo después de treinta años, un testigo dice de nuevo una oración:

—... y líbranos de todo mal, amén.

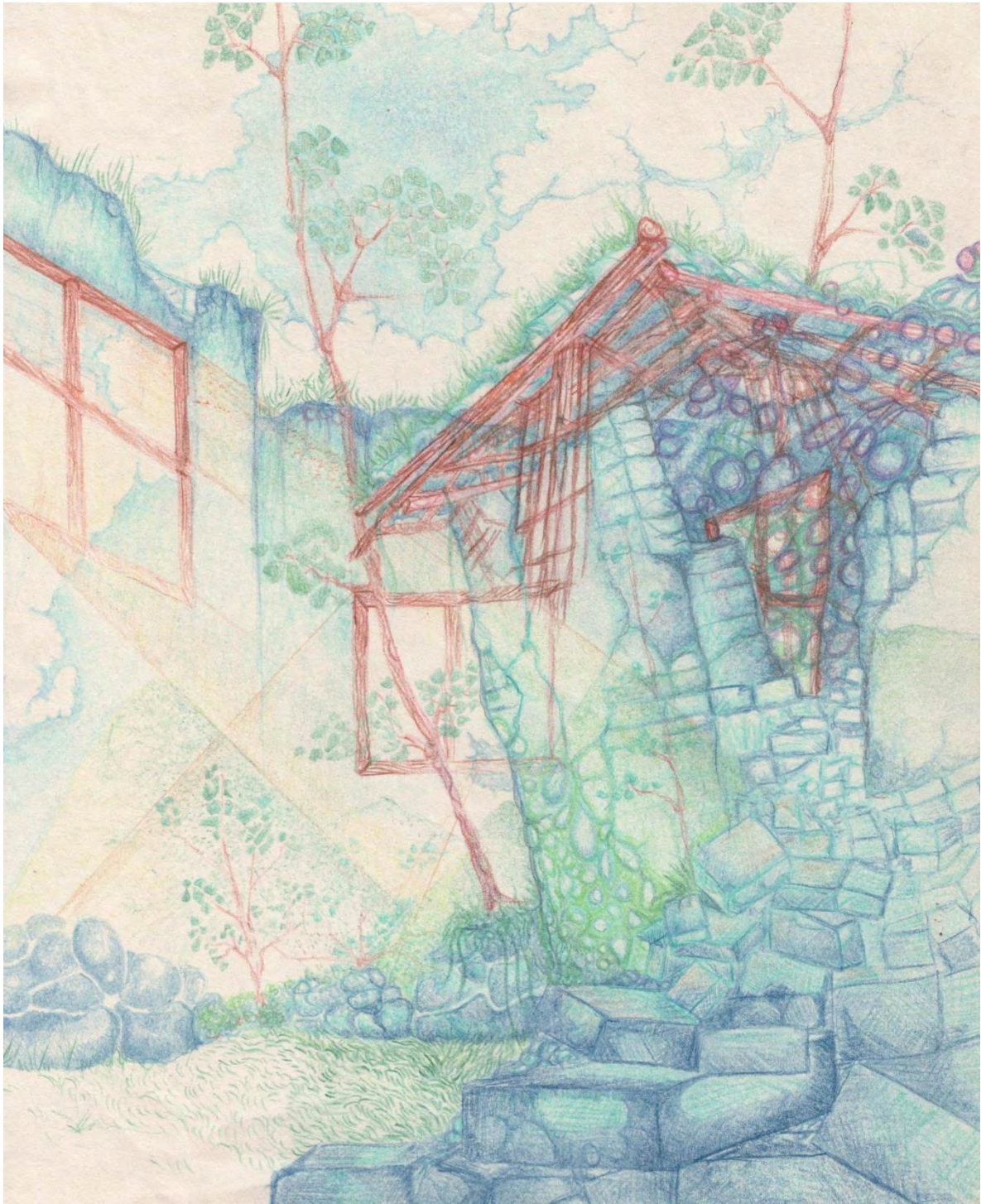
Terminada la oración, Roberto abrió los ojos por debajo de la cruz y miró tan hondo que reconoció los cuerpos de Rufina y de su madre, juntos; esos cuerpos desnudos de cualquier ropaje de piel mostraban el cristal de sus huesos fríos que, con el tiempo, se derramaban en viejas cenizas pálidas, sin color.

San Francisco dio su último latigazo sobre el cielo y el silencio se estremeció.

En silencio, el hombre se levantó, con un gesto de respeto, luego del arrodillamiento al que él mismo y la cruz lo habían sometido, enderezó su postura con la vida y, inclinando la frente, regresó sobre sus pasos; ya lo había hecho en su momento y ahora lo volvía a hacer.

Al regresar por su camino y no terminarlo, encontraba la forma precisa de quitar las nubes de sus ojos; de volver a ser el niño que una mañana soñó al lado de sus amigos y, ahora, el hombre que una tarde había desgajado de su alma un pétalo de inocencia y fe.





**Figura 4. Entre los muros**

#### 4. MEMORIA Y PALABRA

Al procurar el establecimiento del lugar de la enseñanza desde la escucha de la memoria, como preparación para un hacer y obrar, se necesita desatar el tiempo y ovillar el recuerdo que posibilita un pasearse hacia atrás. En una conversación con lo lejano, lo hecho y lo dicho, la memoria deviene habla que, en su decirse, reúne lo anteriormente hablado y aquello que no se ofrece a ser palabra únicamente desde la articulación, sino desde un habla que se guarda y se reserva. En el acto mismo de la palabra cabe el silencio y lo que se ofrece a decirse de nuevo; así, se renueva, oculto en su gesto de manifestarse.

Lo hablado tiene, de múltiples modos, su origen en lo inhallado, tanto si es todavía no-hablado como si es aquello que debe permanecer no hablado en el sentido de lo que está sustraído al hablar...

Lo inhallado no es solamente lo que carece de sonoridad, sino que es lo no dicho, lo todavía no mostrado, lo que aún no ha llegado a aparecer...

El habla en tanto que Decir de la Cuaternidad del mundo, no es ya sólo algo con lo que nosotros, hombres hablantes, tenemos una relación, en el sentido de una relación existente entre hombre y habla. El habla, en tanto que Decir que pone-en-camino-el-mundo, es la relación de todas las relaciones. El habla entre-tiene, sostiene, lleva y enriquece el en-frente-mutuo de una y otra de las cuatro regiones del mundo, la tiene mientras él —el Decir— se retiene en sí.<sup>28</sup>

El lugar del relato que se dice y ofrece es un espacio para partir y regresar, un punto desnudo donde la palabra antes de ser propia es ajena, pues “yo es otro... Es falso decir: Yo pienso. Se debería decir: Se me piensa”<sup>29</sup>. Aparece la urgencia de la lección y la atención; en este sentido, lo ajeno se entiende como medida de extrañeza y paciencia, que se expresa y se recoge en la palabra del abuelo como aquello que, más que el tiempo del aprendizaje, soporta el tiempo de la crianza: el tiempo de la escucha.

De edad en edad y de palabra en palabra, la crianza se dispone como vocación de estar al amparo de alguien y de algo, de estar en casa, el primer sitio para empezar a vivir la víspera del retorno. La actitud del nuevo gesto asegura toda residencia en el mundo y la permanencia en él, de habitar el lugar del tiempo y del espacio donde alguien puede venir y ocupar un sitio. De ahí que la enseñanza, en tanto gesto y palabra, implicase las formas sencillas de relacionarse, desde la forma de hablar y de hacer, de preparar una mesa y extender una mano, de servir un vaso y encontrarse en la necesidad de escucha por parte del otro, de modo que fuera una exigencia guardar silencio, pues el silencio es la forma esencial de la escucha que custodia y cuida de aquellas palabras y gestos silenciosos, que son morada de toda posible memoria y de todo posible decir.

---

<sup>28</sup> Martin Heidegger. *De camino al habla*. Madrid: Ediciones del Serbal, 1987, p. 79.

<sup>29</sup> Arthur Rimbaud. *Cartas del vidente*. Bogotá: Común presencias, 2004, p. 103.

El Decir, su peculiaridad, no se deja capturar en ningún enunciado. Exige de nosotros que alcancemos, por el silencio la puesta-en-camino apropiadora en el despliegue del hablar, sin hablar del silencio.<sup>30</sup>

Vivir para aprender es un estado para acoger y favorecer la posibilidad donde las cosas son porque son una ocurrencia sutil del que verdaderamente llega, del que participa en la rememoración. Aquí, las cosas no se confunden; quien escucha está ante quien dice y ello propicia un pedir; la primera enseñanza no se decide, es sometimiento; es libre en la medida en que se aprende para saber elegir. El momento de la partición es *solo el momento* de otorgar la primera seguridad, el primer lenguaje o el primer regalo: el paño que por cubrir menos más deja escuchar.

El oír prepara el tiempo del relato que se muestra en la “casa que se cuenta” al calor de la palabra; las cenizas de ese fuego llevan a cabo un acto de memoria: *Donde hubo fuego cenizas quedan*, se consumen las distancias olvidadas. La mínima experiencia se presta a un gran esfuerzo por conservarse.

En el relato, lo que se cuenta se aprende para aprehenderlo con el cuerpo, que es vulnerable y receptivo al soportar el toque de la resonancia en el tropiezo con la piel, puesto que, en lo rememorado, se extiende un habla hacia un rostro propio y hacia un oído, hacia un lugar u hogar.

Surge la pureza del oír bajo la violencia del hacerse escuchar, del ejemplo que se oculta para que se viese; de un *salir de lo oculto en lo oculto*. Se puede retomar ese dar y recibir de la crianza que está dentro de la doble inquietud de la luz y la sombra; el cuerpo yerra para aprender y abandonarse en el suspenso de la lejanía y del alumbramiento como revelación. El acogerse bajo el manto desvela, a modo de ofrendarse por sí mismo y a los demás, este descubrirse lentamente y tallarse frente a frente.

La postura se afina y se endereza; el tejido corporal se deshila para volverse a hilar, para arreglarse o repararse. El que aprehende es remendado en el sigilo de sus cimientos entre un bello atavío que se abre para asomar a lo que es la primera vuelta, el primer bullicio y el primer levantarse tras la primera caída que marca el primer regaño y arrebatada del peligro de orfandad.

El que narra es un hombre que tiene consejos para el que escucha.<sup>31</sup>

Al escuchar el relato íntimo sobre lo que el abuelo prefiere hablar y no respecto a lo que se quiere saber, se desmenuza la experiencia más frágil y guardada de quien habla en medio de un discurso atareado por sentimientos encontrados y asimilados como lecciones de vida,

---

<sup>30</sup> Heidegger, *Op. cit.*, p. 89.

<sup>31</sup> Benjamin, *Op. cit.*, p. 32.

de manera que gran parte de la conversación refiere un historia libre y fragmentada, que aporta directa o indirectamente su forma de pedagogía a través del consejo.

El consejo se profiere en la voluntad de sinceridad en lo que se dice y al asumir a la palabra, así como al silencio, desde la rectitud de mirar, escuchar y hablar. Al recurrir a la vida propia, quien relata se consagra al reconocimiento de la existencia, tanto propia como ajena.

El hacer se convierte en un hacer cuidadoso. Quien lleva dice lo que abraza, ampara y cuida con delicadeza y sin exceso de protección. Lo mejor se retiene, lo que se enseña es en silencio; en voz baja, para no desatar afanes y, así, incitar a la prudencia, a la medida del habla que se provoca en la dulzura; un contacto primigenio de la palabra del abuelo con quien la escucha, lenguaje vivo, soplo hecho palabra, dulzura que alimenta cuando el vocablo se hace calma en el cuerpo y obedece al silencio como disposición natural al habla.

Así, el primer lenguaje se enreda desde el balbuceo y no desde la articulación, desde un sonido orgánico como respuesta que soporta el verbo antes de pronunciarse y traerse en el canto, arrullo sosegado del canto primero que acaece sobre el oído y entrega la facilidad de una reserva. El arrullo es un mecer que coordina, lleva el palpito con un ritmo que mesura y se hace sentir en la compañía que ayuda a tolerar lo ausente a partir de un afuera, desde una salida y una entrada, desde una puesta en manos ajenas o desde la colaboración entre dos, o entre más.

La fuente de cada palabra está en el inicio de la memoria y desde el latido de lo ya vivido se manifiestan las cuatro estaciones de la palabra: el grito y el silencio, el tacto y la imagen, pues el decir no solo expresa fonéticamente un sentido semántico, sino un modo de dejar aparecer, un señalar, dejar ver y comprender. La experiencia de la memoria a viva voz es un fogonazo que articula el espacio de vida desde el devenir de la imagen de espacios habitados y de momentos vividos; esta ruta de retorno no establece un transcurrir hilado, sino discontinuo, pues, en este caso, más que ser un modelo temporal retrospectivo, la memoria se abre como lugar y acto desde el presente.

Las cosas retornan al lugar que la vigilia les otorga en el espacio-tiempo; este retornar propicia el movimiento de la palabra hacia la memoria, que se impregna de imágenes, colores y aromas y, en pleno transcurrir, aparecen fragmentos de vida que acontecen en la palabra cotidiana y poética; en este sentido, el relato cargado de memoria y tiempo conjura vocablos que se preñan de la experiencia diaria y de la sombra de los años y los días, donde quien habla sobrevive debido a su recuerdo; así, se revela un habla creativa y poética que se relata y escucha, que mora en lugares lejanos o próximos, de adentro o afuera. En el umbral, deviene la inquietud de estar en el límite y la angustia o *angostura* del traspasar, pues el adentro deviene hondura y desde ahí es posible enfrentar su encuentro.

El adentro de la casa es un lugar de memoria que se dice en el paso del tiempo como acontecer e interrupción que desborda el relato y, de igual modo, sobreviene como acontecimiento; de esta manera, es posible afirmar que el espacio de la casa, en su esencia, es el lugar donde es posible morar en el sentido de ser y existir, de conservar y proteger, de un estar protegido y al cuidado desde lo propio y en la permanencia de lo propio.

En la escucha del relato familiar y personal, la casa deviene un espacio de permanencia en el relato que implica a la persona que escucha; en este sentido, se puede hablar de un gesto de recogimiento desde el relato y en la casa, que permite la morada de la palabra y del silencio para encenderse en hogar y, desde ahí, morar en permanencia.

El lugar cotidiano de la casa se expresa y habla desde el reconocimiento de cada cosa que la habita y le hace lugar, pues cada objeto que la vista, el roce o la escucha tocan, no vuelve a ser el mismo después de esta extensión del tacto. Octavio Paz afirma que “cosas y palabras se desangran por la misma herida”.<sup>32</sup> A través del tacto desplegado por los sentidos surge un lenguaje con y a través de las cosas; entonces, la palabra responde a un gesto visceral de la vivencia cotidiana. La mirada, el toque y la escucha se despliegan hasta el recinto interno de la memoria de las cosas y, entonces, la esencia reservada de la casa se desborda y lo cotidiano surge como interrupción e incisión. De ahí que el habla de los espacios de la casa, como la cocina y el soberado, el armario y la habitación, que son semblante de los lugares internos de la casa y de quienes la habitan, permitieran el aprendizaje como atención y escucha del otro y de lo otro.

Aprender es considerar una materia, un objeto, un ser, como si emitieran signos por descifrar, por interpretar. No hay aprendiz que no sea «egiptólogo» de algo.<sup>33</sup>

La memoria del habitar propicia el momento de la rememoración, donde palabra y tradición se renuevan constantemente; en este caso, rememorar es, también, trabajo de reconocimiento: “El abuelo escupe la tierra antes de labrarla; la saliva va a la tierra antes que vaya la mano y el cuerpo entero”.

Re-conocer, volver a la palabra olvidada y negada, quitada y no escuchada, volver como el abuelo vuelve todas las mañanas a la tierra, una tierra siempre nueva, cercana pero extraña, pues en su extrañeza esta su cercanía; de ahí la tardanza en llegar, como cuando llega el recuerdo y de la ausencia hace la medida del silencio.

Palabra esperada que conduce, abre senderos y otorga existencia; “venida en presencia”<sup>34</sup> a lo que ella nombra; entonces, hombre y mundo tejen una relación fundamental, donde la escucha de la memoria no constituye texto, sino textura y cuerpo. Un punto es la palabra;

---

<sup>32</sup> Octavio Paz. El lenguaje [en línea].

<sup>33</sup> Gilles Deleuze. *Proust y los signos*. Barcelona: Anagrama, 1972, p. 12.

<sup>34</sup> Heidegger, *Op. cit.*, p. 199.

nudo en su trama, nudo entre el habla y la escucha. En escucha, el hilo de la palabra se anuda y desde ese nudo se abre otro decir.

La memoria es palabra esperada, que espera, cuya pasada somos.

Re-memorar es volver a recordar con prudencia, pues este encuentro es ante lo extraño, no ante lo mismo; con alegría e intranquilidad, pues este retorno es un camino de desnudez, donde la pregunta libera otra pregunta; entonces, el rostro de tus palabras hace perder mi rostro.

La memoria, como camino a andar, permite buscar y dar vueltas, pero no llegar a un lugar determinado, pues el tiempo en ella está por-venir y su palabra se despliega, madura como árbol ante el sol y el agua, entre la tierra y el cielo. Cuando el abuelo recuerda, no lo hace para sí mismo, sino para todos. Quien recuerda se vincula a todo lo que se acerca, a todo lo que dice; esta necesaria relación con su evocación propicia el movimiento desde la memoria personal hacia la memoria de los lugares, que se garantiza por actos básicos, como orientarse, desplazarse y vivir, pues cada palabra recoge y reúne su propio orbe, su habitar y, desde él, su acoger. Cada acto de memoria se dice desde un lugar en especial; en este caso, es la mesa de la cocina, desde donde el abuelo se permite y se hace escuchar.

El decir posibilita un dar a ver, siempre nuevo e innovado; así, la memoria es siempre nueva y va hacia lo aún no preguntado, hacia lo aún no contestado; lo aún no dado a luz: es el vientre recién preñado de inicios. Este inicio es presencia y presencia que es tiempo: “la historia verdadera es presencia; presencia que es el advenimiento de la exigencia de lo inicial”,<sup>35</sup> dice Heidegger; entonces, ¿qué palabra dice el abuelo entre el humo y el café? Su presencia es ya memoria y su palabra no constituye la memoria, pues su palabra ya es memoria, lo es, y la escucha deja ser a la memoria en tanto se abre receptivamente.

El relato en viva voz del abuelo permite habitar la casa desde la escucha; así mismo, desde el silencio, que no es vacío sino misterio; desde la palabra se oculta, pero no se olvida, pues en su retirarse conserva una promesa.

Dejar que fuese la expresión “¡Déjenme latir!”, así como dejar que fuese la memoria desde la escucha, desde la pregunta donde ella viene hacia nosotros y obra en vaciamiento de su ser.

La palabra del abuelo establece un trazo blanco en esta hoja; este trazo es grito y retorno al silencio, deviene escritura y es su ruptura. En cada palabra, se abre la violencia del decir, que retiene el decir mismo que abre y hace trazo abierto de una experiencia de apertura doliente y desgarramiento.

---

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 165.

Hacer una experiencia con algo —sea una cosa, un ser humano o un dios— significa que algo nos acaece, nos alcanza; que se apodera de nosotros, que nos tumba y nos transforma. Cuando hablamos de ‘hacer’ una experiencia, esto no significa precisamente que seamos nosotros quienes la hacemos acaecer; hacer significa aquí: sufrir, padecer, tomar lo que nos alcanza receptivamente, aceptar, en la medida en que nos sometemos a ello.<sup>36</sup>

El oído de quien escucha debe afinarse para advertir la llegada de un tiempo y lugar que no se pueden prever. Es preciso que el instante de escuchar y dejar hacer la palabra, en cada pasada de recuerdo, a cada tanteo de presencias y ausencias, esté presto al habla que se revela y se ofrece como solo en ese momento se logra hacer don de ella. Entre la madeja del lenguaje, la palabra es el hilo que se desata en acto en la boca abierta del tiempo. El acontecer de la palabra produce un tiempo que dura mientras nada pasa; es decir, en la fractura, pues lo que sucede excede la presencia, para permitir el arribo de lo que viene al encuentro, de un territorio al que se ha de volver, la desterritorialización que permite la prolongación del silencio en el afuera.

La llegada al lugar del otro en su lenguaje propicia, como dice Jean-Luc Marion, “el instante presente, presente dado y recibido”.<sup>37</sup> La memoria fragiliza cualquier estado de ayer y mañana, pues deviene bajo la sombra del *estar ahí*; en la tibieza de su misma fragilidad, se expone. En lo exacto del recuerdo está la causa de la pérdida del primer decir y la primera expresión, pues la primera palabra no se repite, “sucede” con un semblante que es irrepetible a la mirada. De ahí que la palabra en boca ajena permitiera el recogimiento a tramo pisado y en soledad, a fin de que escuchar fuese un tramo.

En lo no-escuchado existe la posibilidad que adviniera la memoria sobre el manto espeso de la voz. Lo que se escucha a tiempo presente y desde la constatación de un ritmo que interrumpe el discurso se pronuncia en un silbido de llamada o de despedida. Hablar para invocar es abrir el texto del tiempo y volverlo a cerrar. Solo en actitud de renuncia se posibilita conservar; por eso la memoria ya no se desliga de la imagen, se puede percibir y recibir el tiempo de la palabra desde una actitud honesta que retiene la pregunta sin respuesta de quien escucha hacia quien habla. La entrega priva para dar; si no arrebatada, no existe asimilación. La relación de la escucha y la palabra merece la inclinación del verbo hacia la carne.

En el Nuevo Testamento, se anuncia que el Verbo se hizo carne y habitó con los seres humanos; así se produce un nacimiento, que corresponde al devenir de la palabra en memoria. En un sentido material de la palabra, quien habla lanza el verbo en la voz hacia quien lo escucha en un acto de abandono y don. La hospitalidad que se despliega en la

---

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 199.

<sup>37</sup> Jean-Luc Marion. *El cruce de lo visible*. Castellón: Ellago, 2006, p. 79.

escucha supone el umbral del decir, para que hubiera una acogida reciente del lenguaje, en un paso más que hace transparente el camino y evita su llegada y acabamiento.

Sentarse a la mesa, escuchar el rumor de lo cotidiano por entre las paredes o rincones de la casa y sin afán de espera permite el encuentro del susurro y la palabra olvidada, para así residir en la vigilia del oír con una piel anterior y próxima, que lleva la cadencia del recuerdo sobre el tiempo como acontecer de un afuera ya inscrito. Al hacerse carne la palabra, se pone de manifiesto la inminente relación del cuerpo con ella; el verbo se reviste de piel para surgir y convertirse en lo que se da; la palabra invade y cubre el cuerpo, lo materializa para lograr el paso de lo sensible a lo que “da a significar, a provocar”, en un ofrecimiento del que habla: aquel que retorna al silencio del diálogo.

La palabra se ofrece en un doble atuendo: “decir verdades que suenen a mentiras” se asemeja al sufrimiento de Casandra, que también está en boca de quien habla. De allí que la palabra fuese un vínculo de quien hace silencio para hablar y habla para hacer silencio. Este silencio obra como el suave maquillaje del recuerdo en horas que se reservan al exilio de la escucha, donde lo que se escucha se vuelve herencia y presencia de experiencia.



## 5. EL CAMINO ES LA VIDA

—¿Miras las manos del abuelito?

—Sí.

—Parece que tuviera dibujados muchos caminos. —Los caminos que son de la casa. En las manos se dibuja el camino de retorno a la casa; cada vena resaltada en la piel del abuelo es un fiel reflejo de los senderos que llevan a su estancia.

La historia de la casa del abuelo Segundo y la abuela Rosa Elena inicia con la salida de los dos hacia otra ciudad y con la imagen del camino; con el andar y conocer en medio del recorrido:

Cuando me casé con mi mujer, el matrimonio fue un sábado, en la iglesia de La Panadería; la fiesta fue en las dos casas, el almuerzo lo ofreció mi papá y mamá y la merienda fue donde el finado Alfonso, el papá de la Elvira; ahí bailamos y tomamos unos traguitos, poquitos no más, porque cuando estaba amaneciendo, a eso de las dos de la mañana, le dije a mi mujer que empacara sus cositas porque nos íbamos para Bogotá; que don Vicente me había recomendado para mayordomo en una finca de... ahí nos iba a esperar el patrón, un gringo.

¡Uuuh!, yo no le había dicho nada, la Elvira cayó en el llanto y doña Rosario decía que cómo me la iba a llevar tan lejos, que cómo les iba a hacer eso; todos cayeron en la pena, pero yo ya había dado mi palabra y teníamos que irnos, cosa que les dije a todos:

—Pues, me da pena, pero la Elvira ya es mi mujer y se va conmigo; tenemos que hacer camino.

—Y así fue, nos fuimos; mi mujer, ¡pobrecita!, eso sí le dio bien duro irse, pero nada que hacer, nos fuimos a la capital... Allá, llegamos a una finca lo más de bonita, grande; yo era el encargado del ganado y la tierra; ella, humm, es que era bien aparente, ella cocinaba para los peones, que éramos como diez, y todos los días el patrón le daba dos litros de leche; entonces, ella preparaba quesos y yogurt; así estuvimos dos años por allá; los fines de semana nos íbamos a la ciudad a comprar la remesa y a caminar, porque uno conoce solo cuando camina, porque, ¡eso sí, la vida es para conocer y andar, por donde uno pueda; desde que los caminos sean rectos, uno no se pierde, y si se cae, pues se levanta y vuelve a empezar!

Ya ve, la Elvira no quería salir de la casa, porque le daba harta pena de sus papás, y tenía razón, pero como ya éramos los dos, ya teníamos que empezar a caminar juntos por donde Dios nos llevara: es que el camino es la vida.

Las palabras escuchadas y transitadas en el encuentro con los abuelos llevan a la escucha del lenguaje sencillo y profundo y del decir que adentra en la experiencia humana; en este sentido, en la experiencia del diálogo está la base de un aprendizaje de vida, donde el saber surge con y en la palabra que trae recuerdos; en este sentido, sirven para aprender de lo que sucede y también de lo que aún no, “de lo que viene en camino”.

lo que permanece es un pensar en el camino. Y los caminos del pensamiento resguardan en ellos este secreto; podemos ir por ellos caminando hacia adelante como hacia atrás; más aún, el caminar que retrocede, sólo él, nos lleva hacia adelante.<sup>38</sup>

---

<sup>38</sup> Heidegger, *Op. cit.*, p. 126.

Cada minuto es maestro para quien sabe escuchar y estar atento a lo que se le ofrece, a lo que le ha de llegar, solo se debe saber tener oídos atentos; en todo aprendizaje, en y fuera del aula de clases, es una condición necesaria para poder captar los detalles del hacer cotidiano y la gratitud de la revelación en el andar.

La escucha se vuelve escritura del andar; en este sentido, la imagen de “camino” permanece abierta y señala una búsqueda y hasta un error, pocas veces una llegada. En el camino no hay sistematización de la experiencia o idea de fin, pues éste se desborda en el instante en que acontece y permite la ida hacia un atrás: retroceder para ir hacia adelante. Vuelve la palabra de Heidegger, en tanto piensa en el camino como sendero de retroceso y espacio para estar.

Camino que no conduce a ningún lugar,  
camino entre dos prados...  
Camino que a menudo no tiene  
ante sí nada más que el puro espacio  
y el tiempo de la estación.<sup>39</sup>

El camino al que se refiere el abuelo en el relato apunta a volver la mirada hacia atrás en un ejercicio de conmemoración que alude a la fragilidad de la experiencia vivida, donde las historias reseñadas no son completas en su relación con el discurso. La búsqueda que se hace en el sendero del recuerdo reúne en fragmentos la palabra propia y la ajena y se desenvuelve de la distancia hacia la cercanía, del extrañamiento hacia la intimidad y del exotismo hacia la cotidianidad, donde la voz del otro resuena en el recuerdo que se encuentra.

Mirar; si fueron cuántos años, así es la vida, como esta tierra, de hace años. Así también era ella: bonita y suave como el olor de los árboles de ciprés que habían en mi casa, de niño.  
Yo todavía me acuerdo de ella, por eso digo que ella todavía me ha de recordar.  
Ya muchos se han ido, ella también ya se fue, pero yo la sueño como diciéndome cosas, riéndose, y a veces brava; otras, solo me mira.  
Siempre hablo de ella.

La rememoración y el duelo son actos entrelazados de pérdidas y logros, gozos y dolores, que comprometen al relato con una realidad delicada que cuidar. El hablar de sí, desde lo íntimo, implica el retorno hacia lo que no sólo es memorable, sino, también, pérdida y olvido, recuerdo y duelo, silencio y voz. Quien habla deviene otro respecto a lo vivido.

Antes era diferente, yo andaba de un lado para otro, iba a las fincas de Guapuscal, de Eugenio, de Guaitarilla, de Yacuanquer, a vacunar, a revisar el ganado y a organizar las cosechas. Los Enríquez me tenían harta confianza para los asuntos de sus fincas y no se me hacía nada viajar. Allá, en Yacuanquer, las cosechas eran de ocho días segando el trigo y arrumándolo para traerlo al molino.

---

<sup>39</sup> Martin Heidegger. *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza Editorial, 1995, p. 175.

Acá, en el Molino Imperial, trabajé 35 años, desde joven, con don Vicente, que era un gran señor y, luego, con la señora Rosa. Al principio tenía que llevar cargas y, como ellos vieron que era bueno en el trabajo, en eso me quisieron mandar a la producción y ahí, con el Luis, mi hermano, estuvimos dándole hasta la jubilación.

Es que yo, antes, era de mucho andar, pero los tiempos cambian y hasta uno se va haciendo otro y a mí ya me cambiaron las fuerzas. ¡Eso es bien duro!: imagínese, uno acostumbrado toda su vida a trabajar y no andar de vago y ahora que le toque quedarse en la casa, ¿haciendo qué? Uno no se aguanta en la casa sin hacer nada, por eso es que yo no dejo de venir a Aranda; yo sé que no soy el mismo de antes, pero la tierra no la dejo.

Después de haber recibido su jubilación como trabajador de Molinos Imperial, hace veinte años, el abuelo continuó trabajando con la misma familia en una finca de Aranda a las afueras de Pasto, ahí es el lugar al que, de lunes a sábado, llega para el trabajo de la tierra. El camino que realiza casi todos los días, desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde, es largo y difícil debido a una dolencia en la rodilla, que sobrelleva desde hace tres años; no obstante, el dolor no es impedimento para que él dedique su tiempo y sus fuerzas a la siembra de papa, maíz, cebolla, fríjol y arveja.

El maíz es uno de los alimentos que más siembra y del que más le gusta sembrar, por el significado y la relación que tiene con su esposa fallecida y con las mujeres que él trató.

En las siembras de maíz, la abuela y los hijos eran quienes me ayudaban; entre todos íbamos cogiendo, cogiendo el choclito; casi que no sentía el trabajo cuando ellos me ayudaban. En la casa, escogíamos los mejores y el capia lo desgranábamos toda la tarde, para ponerlo a secar. Ella hacía una mazamorra de lo mejor, tamales, mote, todo; no se desaprovechaba ni un granito. Por eso me gusta el maíz, porque se lo puede comer de muchas formas. Mi mamá nos hacía unas buenas sopas de maíz, con coles, habas y fríjol, y así fuimos levantando cuando éramos niños. Es que el maíz es alimento de lo mejor. Con una sopa de maíz, ¿pa' qué más?

Cuando el maíz reverdece, de entre las profundas espesuras de la tierra, la siembra y cosecha de este fruto permite la relación familiar con la labor y la palabra, relación de entrega y de recibimiento, pues, principalmente el maíz, ha sido la fuente de alimento y de entrada económica para la casa; además, con el maíz se daban las relaciones de trabajo comunitario dentro de la familia, lo que implicaba la colaboración con otros y el espacio cotidiano para compartir experiencias, en medio de la siembra o cosecha.

Todas las mañanas, el abuelo sale de casa y llega a la tierra de trabajar. Él madruga para dar de comer a su familia, para trabajar y aprender de cada semilla, que esparce donde debe ser.

La mano crea hábitos de familiaridad con el alimento, a través del cuidado y la selección minuciosa de cada semilla; por eso el trabajo de la tierra exige la paciencia y la atención hacia cada acto, pues cada planta se manifiesta de manera particular y tiene un lenguaje propio, que se da a quien le da vida; de ahí que el abuelo diga que, para tener buenos frutos en la tierra, “todo depende de la voluntad de la mano”.

El maíz, alimento cotidiano y básico en la cocina y de tradición, desprende las relaciones íntimas y diarias, donde el abuelo es un hombre totalmente dispuesto y atento a las necesidades de la casa; con el trabajo de la tierra, que resulta duro y de bastante energía física, el abuelo apaña desde sus sembrados a la casa, pues desde la distancia realiza la labor de sostén de su hogar.

Desde el trabajo diario, él vigila los ciclos de la naturaleza y aprende de cada detalle que en la tierra se descubre. Cada planta que crece en la tierra, debido a las manos del abuelo, se extiende en el acto fundamental del alimento que se prepara en una cocina y fuera de ella.

Las manos del abuelo se hunden en la tierra y cuidan la vida desde la semilla que, al ser tan pequeña y frágil, se vuelve unidad con el agua, la tierra, el aire y el sol.

En casa, el maíz, más que cualquier otro fruto, permitía la reunión familiar, ya fuera en el momento de desgranarlo o en la preparación de los alimentos. Las mazorcas duras y doradas, que se habían cosechado tiempo atrás, llevaban dentro de su fogosa materialidad el tiempo de trabajo del abuelo y el esmero con que se carga cada día; para muestra, un botón:

Elvira

Llegué temprano a la tierra, quise aprovechar el buen tiempo de esta mañana. Los buenos tiempos siempre dan para hacer y son como buenas nuevas que hacen de cada día una bendición, también; desde que usted me acompaña, recibo milagritos que llegan en la taza de café caliente recién hecho, en la camisa que me pongo y que, recién lavadita, huele al agua fresca y pura del monte; en las palabras que me dice y que visten de cariño mis jornadas.

Hoy fue un día de siembra de maíz y fríjol. Vi que la tierra era pura bondad; la semilla del maíz era fuerte y sana; era de la semilla que, sin ponerla en tierra, ya quiere soltar sus raíces en mi mano; la carne del maíz tiene algo de su carne, la tibieza y dulzura del sol, el olor desnudo de la vida.

Limpié la tierra de malas yerbas, que fueran a perder la semilla, y arranqué las malezas del camino, que ahogan todo lo que quiere nacer.

Cavé una cuna para mi maíz, donde la semilla echara buenas raíces; donde, en lo oculto, el dorado cuerpo abrirá su carne y sabrá vivir del agua y del sol, se alimentará de mis días de sudor y trabajo.

Con buena tierra, con tierra húmeda y viva, lo cobijé para cuidarlo y ampararlo de los pasos del que camina descuidado y de las aves que picotean buscando algún alimento. Mis manos toscas y duras, que ansían suavidad de flor, solo saben de tierras mansas y necias; usted es la tierra que más me gusta cuidar y donde solo quiero poner buenas semillas.

Usted es la mejor tierra que Dios me dio, la más fértil, la más abundante, la que en mis días de lluvias o de sequía da los mejores frutos.

Yo solo sé estar en la tierra y, en ella, mi vida y mi muerte; yo solo sé de lo que crece, madura y da frutos; también, de lo que se seca, se marchita y no retoña.

Así permanezco en vida, para eso nací,

Así estoy en paz.

Segundo

## 6. AGUA PARA LOS QUE YA NO ESTÁN

A la samaritana,  
guambrita, ay, te pareciste.

A la samaritana,  
guambrita, ay, te pareciste.

Te pedí un vaso de agua,  
guambrita, y no me lo diste.

Me lo negaste,  
prenda querida,  
si me niegas el agua,  
guambrita, ay, pierdo la vida.<sup>40</sup>

Aquí, sinceramente, no había agua. Entonces, el finado Antonio hizo los papeles para presentarlo a la comunidad de El Cujacal y si le cedieron, entonces, como arriba en el derrumbo, en el Puente Tabla, p' arriba había harta agua, harta agua había, ese caudal se reparte para Buesaquillo, para El Cujacal y para las fincas, entonces a nosotros nos dieron tres pulgadas y nosotros, cada año o cada seis meses, teníamos que ir a limpiar la 'cequia, porque, como en tubería no bajaba, entonces nos íbamos a limpiar, pero íbamos todos, cosa que era un día no más y doce kilómetros, y arriba del Puente Tabla, para arriba el monte, al Morasurco. Íbamos entre cien personas, se echaba un día hasta ahí, hasta San José, ahí encima de El Cujacal, cien personas íbamos, cien hombres; entonces, el compadre era buena persona, el compadre Antonio dijo:

—Vea, compadre, hay que dar una cuotica bajita, para que cualquier mujer vaya a hacernos café. —Así era: poníamos de a diez o de a cinco para el pan y el café; entonces, las mujeres, cualquiera, iba a hacernos el café encima de la 'cequia por donde íbamos a pasar, calculando de que ya llegábamos; tomábamos el café y seguíamos trabajando; es que se veía el trabajo, lo que uno podía.

Allá en el nacimiento ya estaba, el nacimiento era viejo, ¿cuánto sería?, salía una quebrada de agua; entonces, de ahí fue que nos dieron las tres pulgadas para bajarla y canalizar el acueducto de nosotros, para El Cujacal. El compadre no molestaba para nada; les decía él, pero con la calma y con todo:

—Hay que ir a limpiar la 'cequia tal día. —Entonces, de aquí nos íbamos a las cuatro, a las cinco de la mañana; a veces nos iba a dejar un carro hasta donde doña Angelita; de ahí echábamos pata para arriba; de ahí, llegábamos allá, todos con palendra, machete.

De ahí, el compadre dijo:

—Armemos una Junta, para que ayuden a trabajar. —Y eso se hizo; don Miguel Guancha también ayudó; estuvo en la Junta; fue una persona que hablaba decentemente, no con loqueras ni calenturas.

Ahora, para hacer la canalización del agua, lo de ahora que tenemos, costó hartito para colocar la tubería; la tubería la dio una entidad; ahí sí colaboró toda la gente, porque a cada uno le daban quince metros de tarea y, como era a uno cincuenta de hondo, ya ve, el compadre Antonio, ahí encima de la finca de San José, que le decimos, ya ve, el pago, pero con plata de la Junta, con fondos, pagó para que le suban ladrillos y, allá arriba, pagó para que le armen una fila, para que llegue el agua; de ahí la cogieron en una pila; de ahí colaboró don Miguel Guancha; de esa pila

---

<sup>40</sup> Tema musical: “De terciopelo negro”, compuesto por Jorge Araujo Chiriboga; interpretado, entre otros artistas, por Carmela y Paco Ibáñez.

la cogía don Miguel y, ya ve, que le habían solicitado al compadre que de aquí, de esa finca de los Ortega les den el agua y el compadre, como veía que había agua, les dio, pero con matrícula. El compadre Antonio era muy entusiasta, le gustaba darse a la gente.

El nacimiento, cuando lo veíamos, es un arroyo de agua debajo de una peña, pero grande; para abajo, al Puente Tabla, baja harta agua, baja harta agua.

No solamente yo, la finada Elvira, nosotros tomábamos agua verde, porque no había más de dónde coger y por ahí, por donde la Carmelina, bajaba una 'cequia y, como allí era un jabonadero y nosotros la tomábamos así, tras de un galpón, donde los Guancha, ahí iba a traer la finada, de la 'cequia, de lo que llegaba del agua; nosotros tomamos agua sucia, sucia, pero sucia; no ve que allí jabonaban y habían animales.

Por eso nos pusimos en el trabajo de bajar agua del monte, limpia. De los que iniciamos el trabajo, ya no están; el último que se fue es el compadre Antonio; don Miguel se desapareció; don Rafael ya es finado hace rato y quedo yo, el último de los que iniciamos el acueducto

“Para la pena y para la alegría el indio siempre tiene un canto.”

**José María Arguedas**

Es un gesto íntimo de cada uno rememorar los sitios y precisar los rostros; por ello, se habla de la fragancia del patio familiar, del rostro melancólico del abuelo, del silencio de los hijos al escuchar la melodía.

Una canción vieja desatada en el recuerdo, un disco más, un gesto más y, después, el llanto o la risa.

Un disco más que tú vas a escuchar  
Un disco más que te hará recordar  
El romance de tu vida y de mi vida  
Donde halle la fe perdida  
Que no habrá de retornar.<sup>41</sup>

O la inconformidad y la queja ante los golpes que da la vida.

Las dichas solo se hicieron,  
las dichas solo se hicieron  
para el que nació feliz,  
ay, para el que nació feliz,  
ay., pero yo, como infeliz,  
ay, pero yo como infeliz,  
ay, las dichas desdichas fueron,  
las dichas desdichas fueron.<sup>42</sup>

Un hilo de humo es la cortina del tiempo, donde el amor y el desamor, la muerte y la vida, las llegadas y partidas entablan diálogo vivo.

---

<sup>41</sup> Tema musical: “Un disco más”, interpretado por Julio Jaramillo.

<sup>42</sup> Tema musical: “Desdichas”, interpretado por los Hermanos Miño Naranjo.

La palabra pertenece a este bosque de infancia y dulzura y se alberga en las primeras sílabas de esta memoria:

Para las penas este licor,  
para la vida una razón,  
tierno consuelo del corazón,  
tierno consuelo del corazón:  
¡qué lindo, qué bueno es el amor!,  
¡qué lindo, qué bueno es el amor!<sup>43</sup>

Así como las horas marcan el tiempo, el radio marca bulliciosamente el ritmo de los recuerdos:

Cuando yo tropiezo con tu mirada, guambrita linda,  
Siento un embeleso que me emociona el corazón  
Porque las sonrisas de tus labios rojos  
Me llenan de encanto, suprema dicha y felicidad,  
Porque las sonrisas de tus labios rojos  
Me llenan de encanto, suprema dicha y felicidad.

Eres para mí la luz, la fe en mi soledad,  
La canción más fiel, la dicha sin par para mi soñar;  
Solo quiero hacer de tu corazón un nido de amor  
Y poder así calmar la ansiedad que siento por ti,  
Solo quiero hacer de tu corazón un nido de amor  
Y poder así calmar la ansiedad que siento por ti.<sup>44</sup>

¡Oh!, dicha que nunca volverá. En aroma liviano llega. No se olvida ni puede devolverse a la vida.

No se busca el tiempo perdido: se busca la palabra y, entonces, suena la canción en el radio viejo del abuelo.

Ay, no se puede, no se puede,  
ay, olvidar lo que se quiere;  
ay, no se puede, no se puede;  
ay, porque un amor que se quiere,  
ay, solo con la tumba muere,  
ay, no se puede, no se puede.<sup>45</sup>

En cada melodía se pone freno a la acumulación del día, donde hay cansancios y reposos. Ella hace más intenso y vivo el recuerdo, mantiene la vida de pie y abre la puerta de los recuerdos.

Las hojas muertas de vivo color  
Son nuestros recuerdos de amor,  
Las hojas muertas se pueden guardar

---

<sup>43</sup> Tema musical: “Lindo es el amor”, interpretado por los Hermanos Miño Naranjo.

<sup>44</sup> Tema musical: “Te quiero”, interpretado por los Hermanos Miño Naranjo.

<sup>45</sup> Tema musical: “Ay, no se puede, no se puede”, interpretado por los Hermanos Miño Naranjo.

Para tenderse en su nido a soñar,  
Mas si no se guardan a tiempo  
Juguetes del tiempo serán;  
Con ansia las tomo del suelo  
Porque yo no puedo olvidar.<sup>46</sup>

En una melodía se acaricia el recuerdo, en un recuerdo se evita el adiós.

Bajo el árbol solitario del silencio,  
Cuántas veces nos ponemos a soñar;  
Todos vuelven por la ruta del recuerdo  
Pero el tiempo del amor no vuelve más.<sup>47</sup>

---

<sup>46</sup> Tema musical: “Las hojas muertas”, interpretado por Julio Jaramillo.

<sup>47</sup> Tema musical: “Todos vuelven”, Interpretado por Julio Jaramillo.





Figura 5. ¡Déjenme latir!

## 7. LA BENDICIÓN

—Viejo, ¡qué buena está la leñita, prende no más y está duradera! Hágase más acá pa' que se abrigue; viejo, tómese la mazamorra, que se le va a enfriar.

—Que vengan los demás, m' hija; ya sabe que no me gusta empezar sin la demás gente, hay que esperar; mientras, mejor póngame la taza junto a la hornilla pa' que no se enfríe del todo. ¡Eso, allicito no más!

—¿Y cómo le fue?

—Vea, pero salude, que no estuve el día con usted, m' hijo.

—Ahhh, en mis tiempos primero se saludaba y luego se seguía para entrar a cualquier lugar; por eso es que ahora la gente vive fruncida; a nadie le importa cómo están los demás, no se hacen notar; bien maleducados es que son.

—Pero, mi vieja, sírvale la comida que ya esta tarde.

—Y usted, coma; coma, que está calientico.

—Verá que la abuela mantuvo la candela para calentar la merienda y usted no le va a despreciar por ir afanado al televisor.

—Deje los apuros, siéntese y coma con ganas, que la noche es el descanso de la carga del día.

La casa late diariamente en penumbras alrededor del fuego, que abre espacio en la oscuridad; cada tiempo arde dentro del giro de la palabra o del silencio y el alma de los que allí viven se congrega en medio del relato:

—Pero, vieja, si es que ahora el afán es el mal de todo hombre. —Así, se revela la última enseñanza del día; entonces, se hace preciso recordar que el tiempo pidió tiempo desde hace mucho.

El último gesto del día de los abuelos viene en espera y silencio, confianza en el tiempo y en el llegar de los otros. Espera o paciencia y, en ella, un llamado; esperanza de lo que adviene en espera, confianza de lo aún no logrado que necesita de esta espera como espacio desde donde ser y entregarse.

La espera en escucha no es indiferencia ni resignación, sino apertura y receptividad. En su llamado a compartir, se solicita el encuentro de palabras y de alientos nuevos para acudir a la labor del encuentro, además de la solicitud de albergar la palabra en el tacto con el otro y que se renueva con el silencio y en la pausa del día.

## 8. EPÍLOGO: A VIVA VOZ

“Mi corazón está dispuesto...  
... Despierta, alma mía.”

**Salmo 108**

Despierta, alma mía, manos mías, oídos míos, voz mía. Despierta, cuerpo mío.

Anochecer con la extraña sensación de asalto y arrebató. Aquí, frente a la hoja en blanco, frente al abismo como frente a un plato vacío.

Las palabras tienen algo de pregunta y de hambre, algo de reclamo.

Como la hendidura leve que se hace en el cielo antes de que desaparezca el sol con toda su luminosidad, así se hacen estas primeras palabras.

Despierta, alma mía, y deja que murmure de ti sobre estas letras, pues este amanecer tardío llega como un rayo que quiebra la hoja de papel. Despierta en esta escritura hambrienta y necesitada, desde el refugio de las palabras que se arrancan de mi garganta.

Al escribir, tener voluntad de fragilidad: aun sorda pero casi escucho, aun a oscuras pero casi amanece.

El abuelo habla en tono grave, como el primer golpe de la abuela en la pared.

¡Despierta, alma mía!

La primera escucha es un gesto que viene al oído y raya entre lo frágil y violento; entonces, al lado de la palabra dulce y familiar, los golpes; al lado del gesto amoroso, las palabras que debilitan el amor; al lado del pecho donde recostarse, las palabras tiradas y lanzadas sobre el camino y la casa, sobre la cama y la taza de café recién servido, sobre la tierna frente de un niño y el manso pan de cada día.

El abuelo habla: llama.

Inicia la hora pálida de los que ya no están y un cálido beso deja tinta fresca en el oído. Rostros cercanos y lejanos se ponen sobre mis manos y otras voces dulces y duras las acarician.

Los golpes son dueños de estas palabras y piden dulces remedios para su dolor: habrá que abrir los ojos y los oídos, las manos y el corazón, sí, despertar: mi corazón está dispuesto.

¡Despierta, alma mía!

## BIBLIOGRAFÍA

- Arturo, Aurelio. *Obra poética completa*. Madrid: Fondo de cultura económica, 2003.
- Barthes, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*. México: Siglo XXI, 2001.
- Bataille, Georges. *Las lágrimas de Eros*. Barcelona: Tusquets, 1997.
- Benjamin, Walter. *El narrador*. Madrid: Taurus, 1982.
- Borges, Jorge Luis. *Borges oral*. Buenos Aires: Emecé Editores/Editorial Belgrano, 1995.
- Deleuze, Gilles. *Proust y los signos*. Barcelona: Anagrama, 1972.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1980.
- Friedemann, Nina S. de; Niño, Hugo y Corredor, Andrés. *Etnopoesía del agua. Amazonía y litoral pacífico*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Facultad de medicina/Instituto de genética humana, 1997.
- Harel, Nira (ed.). *La cadena de oro: poemas maravillosos para niños*. Madrid: Ediciones Sinsentido, 2010.
- Heidegger, Martin. Construir, habitar, pensar. Recuperado de: <http://www.geoacademia.cl/docente/mats/construir-habitar-pensar.pdf>
- \_\_\_\_\_. *Desde la experiencia del pensar*. Madrid: Abada, 2007.
- \_\_\_\_\_. *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- \_\_\_\_\_. *De camino al habla*. Madrid: Ediciones del Serbal, 1987.
- Huidobro, Vicente. *Altazor*. [Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1931]. Recuperado de: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0005042.pdf>
- Jabès, Edmond. *El libro de las preguntas*. Madrid: Siruela, 1990.
- Lispector, Clarice. *La hora de la estrella*. Rio de Janeiro: El espejo de tinta, 1980.
- Marion, Jean-Luc. *El cruce de lo visible*. Castellón: Ellago, 2006.
- Mèlich, Joan-Carles. Narración y hospitalidad. [*Anàlisi*. 2000; p. 129—142]. Recuperado de: <http://www.raco.cat/index.php/analisi/article/viewFile/15053/14894>.

Mujica, Hugo. *Poéticas del vacío*. Madrid: Trotta, 2002.

Ong, Walter J. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

Paz, Octavio. El lenguaje. Recuperado de: <http://www.enfocarte.com/3.21/poesia5.html>

Rilke, Rainer Maria. *Elegías de Duino. Los sonetos a Orfeo*. Madrid: Cátedra, 1990.

Rimbaud, Arthur. *Cartas del vidente*. Bogotá: Común presencias, 2004.

Serres, Michel. *Relatos de humanismo*, París: Le Pommier, 2006. Trad. Luis Alfonso Palau. Medellín: Universidad de Antioquia/Instituto de Filosofía, 2007.

Urbina, Fernando. *Las hojas del poder: relatos sobre la coca entre los uitotos y los muinames de la Amazonia colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1992.

## MUSICOGRAFÍA

¡Ay, no se puede, no se puede! Tema interpretado por los Hermanos Miño Naranjo. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=jwoVLusJE30>

De barro. Tango, interpretado por Roberto “El Polaco” Goyoneche; letra de Homero Manzi. Recuperado de: <http://www.todotango.com/musica/tema/242/De-barro/>

Desdichas. Tema interpretado por los Hermanos Miño Naranjo. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=-mcPwK-Eq0U>

De terciopelo negro. Tema compuesto por Jorge Araujo Chiriboga; interpretado por Carmela y Paco Ibáñez. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=krqaBR9pDVg>

La pájara pinta. Canción infantil popular. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ninos/encoche/pajara-pinta.htm>

Las hojas muertas. Tema interpretado por Julio Jaramillo. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=wUZZjqWxrpU>

Lindo es el amor. Tema interpretado por los Hermanos Miño Naranjo. Recuperado de: [https://www.youtube.com/results?search\\_query=lindo+es+el+amor+mi%C3%B1o+naranjo](https://www.youtube.com/results?search_query=lindo+es+el+amor+mi%C3%B1o+naranjo)

Matitas de perejil. Albazo; letra de Luis Alberto Valencia; interpretado por los Hermanos Miño Naranjo. Recuperado de: [https://www.youtube.com/watch?v=\\_WRr71RSe1g](https://www.youtube.com/watch?v=_WRr71RSe1g)

Te quiero. Tema interpretado por los Hermanos Miño Naranjo. Recuperado de:  
[https://www.youtube.com/watch?v=cppuD\\_3FgnI](https://www.youtube.com/watch?v=cppuD_3FgnI)

Todos vuelven. Tema interpretado por Julio Jaramillo. Recuperado de:  
[https://www.youtube.com/results?search\\_query=todos+vuelven+julio+jaramillo](https://www.youtube.com/results?search_query=todos+vuelven+julio+jaramillo)

Un disco más. Tema interpretado por Julio Jaramillo. Recuperado de:  
<https://www.youtube.com/watch?v=XwuQTCSyhOw>